Ases del Oeste

28

Mark Halloran ¡VOLAD, INSECTOS DE PLOMO!

Mark Halloran ¡VOLAD, INSECTOS DE PLOMO!

MARK HALLORAN

¡Volad, insectos de plomo!

Colección ASES DEL OESTE n.° 28
1.a EDICIÓN NOVBRE. -
1959

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

DEPOSITO LEGAL B 12484 - 1959 EXPEDIENTE CENSURA 3336/59

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA (g) FRANCISCO BRUGUERA-1959

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona - 1959

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

En Colección BISONTE:

480. — El hombre de Dodge. 603. — Johnny ha vuelto.

En Colección BUFALO:

61. — Ha llegado un hombre. 196. — Jinetes en el cielo. 305. — El frío de la tumba.

En Colección SERVICIO SECRETO:

476. — Mi pésame, nena. 480. — La llamada de la muerte. 487. — Ataúd en el espacio.

En Colección CONGO:

4. — Los diamantes de Kwan.

En Colección KANSAS:

69. — Johnny Puma.

CAPITULO PRIMERO

Podía tener veinte años, pero sus ojos eran los de un hombre de cincuenta. Sus acusadas facciones, cortadas en ángulos duros, y el extraño tono de su piel, delataban que había sangre india, quizá remota, en sus venas. Componía una figura gallarda, de revuelto cabello negro, tensa y ágil como el cuerpo de un puma, alta sin parecerlo, de movimientos fáciles que disimulaban un salvaje vigor. Su espalda recta, sus anchos hombros y la línea enjuta de sus caderas le infundían un aire de prototipo masculino que cobraba valor con su magnífica juventud. Llevaba el sombrero a la espalda, retenido por el barboquejo. Vestía una camisa de lana casi blanca por la continua exposición al sol, unos pantalones de tejido recio reforzados en las asentaderas por un remiendo más obscuro, y calzaba unas suaves botas Nacona de altos tacones. Cargaba con una manta listada y una vieja silla de montar.

Pero no fue todo esto, como tampoco fue la enigmática expresión de su rostro, lo que atrajo la atención de los seis ciudadanos de Cheewaska que holgazaneaban al sol de otoño en el andén de la estación cuando el tren de las tres se detuvo y el forastero puso pie en tierra. Fueron sus armas.

El viejo Shannon reparó en ellas antes que los demás.

—Ahí va un buen punto —dijo a media voz—. Candidato a cliente tuyo, Barton, apostaría el cuello.

El llamado Barton contemplaba también al joven con el entrecejo fruncido. Era un hombre de amplio pecho y pesado abdomen, ligeramente calvo, cuya cara basta y curtida traslucía una especie de obstinada brutalidad. Sentado en el suelo y apoyado en un tonel, sostenía de través en las rodillas un brillante «30-30». En su chaleco de cuero estaba prendida la placa que le identificaba como «peace-marshall» o alguacil de la ciudad.

—Un gorrión de nido —articuló.

Shannon dejó oír una risa cascada.

—Tú nunca aprenderás a juzgar a la gente. Repara en los revólveres del chiquillo, en cómo los lleva y en cómo los ha cuidado. Barton, ¿has visto alguna vez un «Holborn Special»?

—No —dijo Barton, siguiendo con los ojos el pausado avance del muchacho a lo largo del andén—. ¿Qué es eso?

—Un loco llamado Holborn montó en Pittsburg, hace veinticinco años, un taller de armería donde fabricó los revólveres más extraordinarios que se han conocido en este país. No lanzó arriba de medio centenar antes de arruinarse, pero yo te aseguro que su modelo, en un cuarto de siglo, nadie lo ha superado todavía. Tenía dos defectos, por culpa de los cuales no se vendió bien: era demasiado caro y demasiado bueno; sólo un tirador inteligente, experto de verdad y cuidadoso podía sacarle partido. Esto aparte, era un arma maravillosa, una joya, que muchos se han disputado luego a vida o muerte, y por la que otros han pagado verdaderas fortunas. Hoy es una pieza de coleccionista, un capricho para los ricachones —el viejo lanzó una mirada a la estación, por detrás de cuyo edificio había desaparecido en aquel instante el forastero—. Ese gorrión de nido no lleva un «Holborn Special», fíjate bien, Barton. Lleva dos.

Los seis hombres sentados al sol guardaron silencio.

—Barton —dijo luego uno.

—¿Qué?

—¿Quieres un consejo?

—Suéltalo.

—Ve a tu oficina y comprueba si el mocoso figura entre los reclamados por algún delito. Prescindiendo de sus armas, no me ha gustado su apariencia. Ni un poco.

El «marshall» titubeó. Después perezosamente, se puso en pie, tiró hacia arriba de sus pantalones y, sin pronunciar palabra, con el «30-30» bajo el brazo, se alejó.

El tren, con su ruidoso silbido y un largo chirrido de hierro viejo, comenzó a moverse. El forastero, del otro lado de la estación, volvió la cabeza para verlo partir. Un destello cruzó por sus ojos. Al reemprender la marcha esbozaba una leve sonrisa que desnudó sus blancos y regulares dientes. Apretó el paso.

Cheewaska se extendía como un doble arco de edificios irregulares a ambos lados de su cenagosa calle principal. Era una población fea, improvisada y sucia, centro de una rica zona ganadera y que no cumplía otra función que la de brindar bebida y dudosas diversiones a los *cow-boys* en sus días de ocio, aparte servir de inmenso corral de embarque al ferrocarril en la época en que las reses se enviaban al mercado. Avanzando con la manta y la silla al hombro, el forastero observó que, pese a lo adelantado de la estación, eran numerosísimos los hatos que en aquel momento se encontraban presos en los grandes recintos vallados, desde la vía férrea al extremo opuesto de la ciudad. El hecho le sorprendió. Las tormentas de otoño debían de haberse dejado ya sentir sobre la comarca, y prueba de ello era el fango que se veía por todas partes. En tales circunstancias, conservar el ganado en los corrales y apartaderos era una anomalía que no podía pasar inadvertida a sus profundos y escrutadores ojos.

Al principio de la calle había una cuadra de alquiler. La atendía un hombre velludo que fumaba en pipa y leía una hoja de periódico.

—Salud, amigo —dijo el forastero, deteniéndose.

El hombre apenas le miró.

—¿Bueno?

—Busco un caballo. Pago bien.

El hombre plegó meticulosamente la hoja y alzó la vista. Sus pupilas, como por instinto, fueron primero a los revólveres y luego al rostro de su interlocutor.

—Lo siento, no tengo ninguno en venta.

—¿Sabe de alguien

El hombre se sacó la pipa de la boca para escupir.

—Quizá Lassiter. Si él no tiene, le informará.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Ahí detrás está la oficina de la Compañía Ganadera.

Guiándose por la vaga referencia, el muchacho retrocedió y se encaminó a un pequeño edificio aislado próximo a la estación. Al hacerlo se cruzó con el «marshall», que iba en dirección opuesta. Ni un músculo de su rostro se movió, pese a darse perfecta cuenta de que el hombre de la placa en el chaleco le estudiaba descarada y

concienzudamente e incluso se volvía a mirarle cuando estuvo más allá.

La oficina, con su rótulo de «Compañía Ganadera del Sudoeste», se hallaba cerrada. El forastero, disgustado, regresó a la cuadra de alquiler.

—No hay nadie.

—Pruebe en «Nancy's Den». Lassiter suele caer por allí a esta hora.

—¿Qué es eso?

—¿A usted qué le parece?

El muchacho arrugó el entrecejo.

—¿Me guarda la silla?

—Si paga, sí.

—¿Cuánto,

—Medio dólar.

—¡Medio dólar! La silla no come.

—Pero yo sí.

Sin replicar, el forastero entró en la cuadra y descargó la silla y la manta detrás de la puerta. Volvió a salir, hizo un gesto de saludo y se alejó con sus largos y suaves, pero firmes pasos.

Encontró el rótulo vertical «Nancy's Den» a la mitad de la calle. Era un local nuevo, o por lo menos recién pintado, en cuyo frontis campeaba la grosera estampa de una mujer con un jarro de espumosa cerveza en la mano, que se envolvía a modo de túnica en las líneas de un pentagrama lleno de notas. Por las medras puertas batientes se colaba vivo rumor de voces.

El muchacho se detuvo antes de entrar. La calle mostraba cierta animación y se veían muchos caballos amarrados a la baranda del soportal, sin duda porque los *cow-boys* llegados con el ganado no habían regresado aún a los pastizales. El aire olía a estiércol, a terneros y a humedad. El centro de la calzada era un barrizal para cuya travesía de acera a acera se habían tendido, muy espaciados, algunos tablones. El forastero pensó por un instante en el «marshall» con quien un momento antes se había cruzado. Al caer de la noche debía ser tarea de titanes mantener el orden público en aquella ciudad que vivía, como todas las de su índole, por y para el desorden, pero el hombre de amplio pecho y pesado abdomen, con su cara brutal, parecía perfectamente capaz de lograrlo.

El joven impulsó con el hombro las puertas del local y entró. Contra lo que esperaba, estaba casi vacío. Sólo ocho individuos difícilmente clasificados ocupaban el mostrador. Saltaba a la vista que habían bebido. Tres de ellos eran tímidos vaqueros de pocos años, flacos, con las piernas envueltas en zahones y espuelas del tamaño de un dólar de plata. Los restantes, algunos de la misma edad y otros ya maduros, eran algo completamente distinto. El forastero hizo una

ligera mueca de asombro al notar lo nuevo, brillante y cuidado de su atuendo, la pulcritud con que iban afeitados, el colorido exageradamente chillón de sus camisas, lo lustroso de sus botas; pero, sobre todo, la inconfundible expresión malsana de sus rostros, el sello de sus miradas, la curvatura desagradable de sus labios. Como si todos, aun en sus mismas diferencias, fueran hermanos o nacidos de un mismo molde.

El muchacho había encontrado parecidos ejemplares humanos en Abilene, en Kansas City, en Dodge, en El Paso; siempre en grandes y heterogéneos núcleos de población, donde medraban al amparo de la violencia y a la sombra de algún caíd del vicio, paseando su chulería baja de techo por garitos, *saloons,* tabernas y salas de baile, a punto los revólveres cuando no bastaban sus lenguas de víbora. Lo que no suponía era encontrarlos en un lugar obscuro, modesto y fangoso como Cheewaska.

Si estaban allí, algo en la ciudad no era lo que debía ser.

Sombrío, con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, el forastero anduvo de la puerta al bar.

En éste había un único camarero de aspecto dudoso y cabello engominado, que participaba con agudas risotadas en la conversación de sus clientes. El muchacho le llamó golpeando con la palma de la mano el mostrador. Tuvo que repetir la llamada para que acudiese.

—Cerveza.

El camarero asintió, y mientras, despacio, llenaba el vaso, se reintegró a la conversación. Llenó el vaso, y siguió escuchando y riendo. El muchacho no dio más muestras de impaciencia que un apenas perceptible obscurecimiento de sus pupilas; pero, de pronto, descargó sobre el mostrador una nueva palmada, tan violenta esta vez que charlas y risas quedaron cortadas en seco.

—¿No va a servirme?

El camarero miró a los hombres, ahora silenciosos. Dudó un momento. Se decidió al fin, tomó el vaso, lo colocó sobre el mostrador y le dió un hábil impulso para que llegara deslizándose hasta el muchacho.

Pero no llegó. El hombre más próximo a éste, un *cow-boy,* extendió la mano cuando pasaba ante él, y lo retuvo. Su cara barbilampiña se iluminó con una sonrisa bobalicona.

—En Cheewaska se piden las cosas con educación —dijo, y se le escapó la risa—. Quien no tiene educación es castigado. Sin cerveza, por ejemplo; como usted.

Alzó el vaso para llevárselo a los labios. Nadie esperaba lo que ocurrió a continuación. Aquel muchacho solemne, quieto, de rasgos exóticos y mirada apacible, entró en acción con la velocidad de un

crótalo lanzado al ataque. Dio un paso al frente, y descargó un golpe en el fondo del vaso. Este saltó hacia la cara del vaquero y le inundó de cerveza.

El hombre pronunció un terrible juramento, se limpió la cerveza de los ojos y pretendió agarrar por el cuello al desconocido. No pudo. El forastero imprimió un rapidísimo movimiento de vaivén a su mano, y en una fracción de segundo le dio un número incontable de secas y sonoras bofetadas, cegándole, aturdiéndole.

El *cow-boy* retrocedió, loco de furia. Lo que siguió sí lo previeron todos: bajó la manó, engarfiada, en busca del revólver.

No obstante:

—¡Quieto, Babe! —exclamó una voz autoritaria y aguardentosa.

Un pesado puño retuvo el brazo del vaquero. Este se volvió, y encontró junto a la suya la burda cara de Barton, el alguacil.

—¿Qué demonio?

Barton sonreía untuosamente al forastero.

—Discúlpele, amigo, el chico es un poco alocado. No quería ofender.

Babe fue a protestar, pero algo siniestro que advirtió en la ceñuda serenidad del muchacho se lo impidió. El desconocido había desenfundado un negro y extraño revólver, y le daba vueltas desganadamente en torno a su índice. De su persona emanaba una sensación inquietante, que el vaquero no supo definir.

—Beba usted algo —siguió diciendo el alguacil: —Cerveza, whisky del mejor, una botella entera, lo que le apetezca. La Ley invita, no faltaría más. Tú —se encaró • con el otro—, vente conmigo.

Bajo la mirada inquisitiva de los restantes componentes del grupo, Barton se llevó al *cow-boy* aparte.

—¿Qué pasa? —inquirió éste.

Despacio, el alguacil se sacó del bolsillo del chaleco un papel doblado, lo desplegó y lo mostró. Era una oferta de mil dólares de recompensa por la captura de un adolescente cuyo retrato se reproducía. Había una ancha cruz trazada con tinta encima de éste, como si la oferta se hubiera ya cancelado, pero aquel rostro era, sin ningún género de duda, el del muchacho que ahora se hallaba en el mostrador.

—¿No lo conoces? —murmuró Barton.

—No.

—Fue detenido hace tres años en Gila City, y encerrado en el penal de Negramosa. Probablemente acaba de salir. Claro que le conoces, Babe. Había matado a ocho hombres, y no era apenas más que un niño. Se hablaba de él en todas partes. En Arizona le llamaban «Relámpago» Brown.

El *cow-boy* se pasó la lengua por los labios.

—Oh, Dios, «Relámpago» Brown —susurró—. Gracias, Barton. Me libraste de buena.

CAPITULO II

«Relámpago» Brown saboreó tranquilamente el nuevo vaso de cerveza que el camarero le había servido. Los hombres habían reanudado su conversación, a media voz ahora. Barton y el *cow-boy* continuaban aparte, cuchicheando. Algo, empero, se había incorporado al ambiente: hostilidad. El muchacho lo notaba, aunque no parecía afectarle.

Hizo una seña al camarero.

—Busco a Lassiter. Me han dicho que le encontraría aquí.

—Sí, viene.

—¿Está?

—No.

Dos vaqueros entraron súbitamente en el local, pero se detuvieron a un metro de la puerta. Brown reparó en lo curioso de su conducta: miraban al bar, vieron al grupo, se miraron entre sí y salieron de nuevo.

—¿Cuándo suele venir?

—¿Lassiter? —el camarero alzó los hombros—. Yo qué sé. En cualquier momento.

Brown estaba mirando hacia la puerta, pensando en los dos *cow-boys* y en su raro modo de proceder. Había muchas cosas raras en Cheewaska, se dijo: la gran cantidad de ganado inmovilizado en los corrales, los pistoleros relamidos que tenían su tertulia en «Nancy's Den», los vaqueros que fraternizaban con ellos y los que, al verles, se negaban a entrar en el local. Todo aquello debía de encerrar un significado concreto. Eran síntomas diversos de una misma causa. Brown se pasó el dorso de la mano por los labios. Una misma causa: ¿Qué causa?

Babe, el *cow-boy* protagonista del incidente, se separó del alguacil, hizo un gesto de saludo a sus compañeros, anduvo hacia la puerta *y* salió. El grupo estaba a medias pendiente de Barton. Este regresó al bar, pero no se aproximó a ellos, sino a «Relámpago» Brown. Sin hablar, desplegó sobre el mostrador la hoja donde figuraba su retrato. El muchacho le lanzó una mirada y se quedó indiferente.

—Negramosa no es exactamente un lugar agradable —articuló el «marshall», con deliberación.

Brown no pareció oírle.

—Gracias por la cerveza—replicó.

—¿Cuánto tiempo ha pasado allí? ¿Tres años?

El muchacho le miró a los ojos.

—Trato de conversar.

—Estoy cumplido y en paz con todos. Siga su camino, camarada,

que yo sigo el mío sin meterme con nadie.

—A eso me refiero. Su camino, ¿a dónde conduce? ¿Termina por casualidad en Chewaska?

—No.

Barton no disimuló su alivio.

—Lo celebro. Esta es una ciudad tranquila. Los hombres como usted nada tienen que hacer aquí. Pero si está de paso... es diferente.

Con un imperceptible movimiento de cabeza, Brown indicó los siete individuos reunidos al extremo del mostrador.

—¿También ellos están de paso?

El alguacil entrecerró los ojos.

—¿Por qué?

—Una ciudad tranquila no es sitio a propósito para gente de su calaña.

Barton no respondió. Después:

—¿A qué ha venido a Cheewaska? —preguntó secamente.

—¿Le importa?

—Soy responsable del orden público.

—Está bien, he venido a comprar un caballo. Me dirijo a Sierra Brava. Salí de Negramosa anteayer, y empiezo una vida nueva. ¿Satisfecho?

—¿Qué hay en Sierra Brava?

—Nada. Es la puerta del desierto.

—¿Me dirá que va al desierto?

—Sí.

—¿Oro?

—No.

—¿Pues qué?

—Pretendo estar solo, completamente solo, hasta que reviente. Me siento hasta las narices de entrometidos pegajosos como usted.

—Cuidado con lo que dice, «Relámpago».

—¡Tráguese lo de «Relámpago»! — En la voz del joven vibró una nota de ferocidad, en tanto que sus ojos se encendían—. Consiguieron ustedes tenerme tres años entre rejas a costa de ese nombre. Se acabó. O lo retira inmediatamente, o se arrepentirá de haberlo pronunciado.

—Yo nada tuve que ver con su condena. Ni siquiera le conocía.

—¡Usted y todos los imbéciles como usted!

Sin ofenderse, Barton sacudió la cabeza.

—Es una lástima, amigo. No me gustan sus cacareadas armas; no me gusta la fama de que viene precedido. Le aconsejo sinceramente que salga cuanto antes de la ciudad. Puede que, en el fondo, sea una buena idea meterse en el desierto hasta reventar allí;

sobre todo cuando se llevan al cinto revólveres como los suyos y se tiene su carácter. Ha matado usted a ocho hombres. Son suficientes.

El muchacho se había calmado tan de prisa como se encolerizó.

—Le he dicho que empiezo una vida nueva. Quiero olvidar.

—No le dejarán.

—Para eso está el desierto.

Barton llamó al camarero con un breve silbido.

—Beba otra cerveza —suspiró—. He conocido a otros como usted, muchacho. Terminaron todos de tres modos distintos: con un nudo de cáñamo al cuello, con una bala en la espalda o ante el revólver de alguien más listo y más rápido. Cuando hicieron por impedirlo fue inútil.

—Sospecho —dijo Brown, observándole— que no sabe usted juzgar a los hombres, alguacil.

Barton se sorprendió.

—Eso suelen decirme.

Las puertas batientes se abrieron una vez más y Babe, el *cow-boy,* reapareció. Ahora le acompañaba un hombre de mediana edad, flaco, de expresión recelosa, con dos surcos a ambos lados de la boca, muy bien vestido, que sostenía entre los dedos un cigarro.

El alguacil respiró con fuerza. Brown vio que, mientras el vaquero iba a reunirse con el grupo, el recién llegado se les aproximaba.

—Hola, Barton.

—Uf —hizo Barton, oscuramente.

El hombre estaba examinando a Brown con una atención casi insultante. La mirada de sus ojos grises se posó en los revólveres y permaneció allí unos segundos.

—Bien venido a Cheewaska, "Relámpago" Brown — dijo, al fin.

El muchacho le volvió deliberadamente la espalda, acodándose en el mostrador. Hubo un tenso silencio.

—Más vale que no le llame así —intervino Barton—. Asegura que acaba de emprender una vida nueva.

—Lo siento. Discúlpeme, Brown, no hubo mala intención.

Brown le dio la cara y se encontró ante su helada sonrisa.

—¿Quién es usted?

—Wandy Lassiter.

—¿Le han dicho que ando buscándole?

Lassiter enarcó las cejas.

—No. Me encontré a Babe y me ha prevenido de su llegada.. He querido saludarle... De modo que usted me busca. ¿Por qué?

—Necesito un caballo. En la cuadra de alquiler me dijeron que usted podría vendérmelo.

Lassiter pareció desconcertado.

—¿Un caballo? —miró en torno, miró al «marshall» y luego hizo un signo en dirección a una de las mesas—. Vamos a sentamos y hablaremos.
El joven le siguió. Barton, contra lo que era de suponer, se quedó en el bar. Ponía mala cara.
—Ese tonto ya no puede oírnos .—comentó Lassiter, cuando se sentaron—. Veamos, ¿de qué se trata? ¿Quién le envió a mí?
—¿No está claro?
—Los escarceos sobran, Brown. A mí puede decirme la verdad.
—Eso es lo que he hecho.
Lassiter, intrigado, escrutó su expresión hermética y sombría.
—Luego, ¿es cierto que quiere comprarme un caballo? ¿No hay nada más?
—Nada.
El hombre titubeó. Rió ahogadamente.
—¡Qué extraordinario! Hubiera jurado... Bien, Brown, ¿cuáles son sus planes? ¿Para qué necesita el caballo? Le hará falta un empleo, ¿no?
—Salgo de Cheewaska esta misma tarde.
—¿Alguien le espera?
—El desierto.
—Está usted loco.
—El alguacil me ha aconsejado que abandone inmediatamente la ciudad.
—¿Y se ya por eso? No le haga caso a Barton; él no cuenta —la helada sonrisa de Lassiter reapareció—. Voy a serle franco, Brown: sé algo de su historia, lo suficiente para que me interese tenerle a mi lado. Aquí hará usted su agosto. Mil dólares de prima de enganche para empezar.
—No.
—Mil quinientos.
—Es inútil, Lassiter. Le he dicho a Barton que es un mal juez de caracteres, pero usted lo es todavía peor. Estoy decidido. He tenido tres años de plazo para reflexionar, en Negramosa. Todo acabó.
—El mejor caballo del condado es para usted si se queda.
—Lassiter, no insista.
Lassiter murmuró una maldición.
—¿Por qué mil diablos es usted tan cabezota?
—Sé lo que quiero. ¿Me vende el caballo?
—¿Qué pasaría si me negara?
—Buscaré otro.
—No lo encontrará.
—Pues tomaré el tren hasta Rainville; da lo mismo. O me iré a pie.
Lassiter reflexionó. Las profundas arrugas que flanqueaban su

boca delataban su preocupación y su disgusto.

—Perfectamente, Brown, siga su capricho —resolló. —Pero conste que comete una tontería. Si alguna vez se encuentra apurado, si alguna vez le tienta llenarse de billetes el bolsillo, vuelva a Cheewaska. Conmigo tiene empleo seguro. Otros envidiarían su suerte.

El muchacho movió de un lado a otro la cabeza.

—Sé a lo que conduce esa suerte. ¿Me vende el caballo?

—¿Cuánto está dispuesto a pagar?

—Lo que valga.

Lassiter se levantó.

—Vamos.

Lo mismo los ocho hombres que el camarero y que Barton, se volvieron a mirarles cuando abandonaron el local.

CAPITULO III

Los caballos eran cuatro, y estaban en un pequeño corral algo más allá de la oficina de la Compañía Ganadera. Brown les dedicó una calibradora ojeada, apoyado con Lassiter en la barrera, y de inmediato eligió un palomino de robusto pecho, largas patas, airosas crines e inteligente cabeza que no tendría arriba de dos años y medio.

—Ese —señaló.

Lassiter asintió.

—No va usted mal orientado. Pero el potro no está habituado a la silla, se lo advierto. Le falta algo de montura para alcanzar su punto bueno.

—No me importa. Aguarde aquí.

El muchacho fue en busca de su silla y de su manta a la cuadra de alquiler, y pagó el medio dólar al encargado de ésta.

—¿Encontró el caballo? —preguntó el hombre, perezosamente.

Brown asintió.

—¿Hay agua abundante desde aquí a Sierra Brava?

—¿Va a Sierra Brava?

—Sí.

—Es buen camino, primero a través de los pastos, luego a través del bosque. La cosa cambia al otro lado.

—¿Allí está el desierto?

—Sí. ¿Sale esta tarde?

—¿Siempre se muestra usted tan curioso?

El hombre bostezó y señaló al cielo.

—Habrá tormenta antes de anochecer. Si le coge en la pradera, va usted a ahogarse.

Brown contempló el amenazador castillo de nubes que se alzaba en el horizonte.

—Sé nadar —replicó.

Cargó con la manta y la silla, y regresó al corral. Lassiter estaba desarrollando un lazo anudado a la barrera, y se lo tendió cuando llegó a su lado. Con él en la mano, Brown saltó al interior del recinto.

Apresó al palomino por el cuello, y sostuvo contra él una dura y larga lucha hasta conseguir arrimarle a los postes. Le endosó la silla, ayudado por Lassiter, y le dejó cocear a su gusto. Cuando el animal se hubo calmado un poco, trepó a la barrera, y de ésta pasó a sus lomos.

De pronto, apenas sentir el peso del jinete, el palomino se convirtió en una bestia salvaje. Escapó de los postes dando un fantástico salto de camero, se alzó sobre las patas traseras, y se dejó caer de costado hacia atrás. Brown se libró de ser aplastado por una fracción

de segundo, pero cuando el caballo se levantó, ya él estaba de nuevo en la silla. La primera maniobra realizada por el animal le había bastado para darse cuenta de cuánto era su vigor, y al mismo tiempo, de que había sido objeto de una doma deficiente y malintencionada, que estropeó su nobleza y le llenó de recursos más propios de un potro de exhibición, como los que periódicamente se llevan a los rodeos con fama de inmontables.

Durante los primeros minutos que siguieron se desarrolló en el corral una pelea feroz entre el bruto y el hombre sentado a horcajadas encima de él, oprimiéndole éste el pecho entre las piernas, y asiendo el ronzal con sus nervudas manos. El caballo lo intentó todo, pero, al igual que si formara con ella una pieza única, inverosímilmente, Brown braceaba para conservar el equilibrio.

El palomino, al fin, desistió de sus saltos y emprendió una loca carrera en círculo. Frenó en seco una vez, con ánimo de arrojar al hombre por las orejas, y no lo logró. Repitió el intento dos veces más. Luego reanudó la carrera, y cuando se detuvo, resollante, cubierto de espuma, lo hizo completamente vencido. Brown le obligó a dar una vuelta más a paso lento, hasta asegurarse de que obedecía fielmente sus indicaciones. Entonces, le acarició y le palmeó el cuello, le rascó la frente, le habló suavemente al oído, y por último descendió a tierra. El potro se quedó quieto a su lado.

—Soberbio —dijo fríamente Lassiter—. Se contaba de usted, hace tres o cuatro años, que era un tirador asombroso, pero no que fuera un excelente jinete. Tendrá dos mil quinientos dólares y el caballo como obsequio si se viene conmigo.

Brown chorreaba sudor. Se secó las manos en los pantalones, sacó su bolsa de tabaco y procedió a liar un cigarrillo.

—De mí se contaban demasiadas cosas —repuso—; eso fue lo malo.

—¿No ha oído mi oferta?

El muchacho encendió el cigarrillo y aspiró el humo cerrando los ojos.

—Como si no la hubiera oído —extrajo del bolsillo un rollo de billetes de diez dólares, y empezó a contar—. Aquí tiene. Terminemos de una vez.

Lassiter movió negativamente la cabeza.

—No.

—¿Se niega a venderme el potro?

—Me niego. Pero lléveselo; se lo regalo de todos modos.

Brown no ocultó su desconfianza.

—No puedo aceptar.

—Es un regalo interesado. —Lassiter sonrió cínicamente—. Siempre conviene que los hombres como usted le deban favores a

uno. Siga su camino y buena suerte, Brown —extendió la mano—. Mientras esté a caballo se acordará de mí.

El muchacho le estrechó la mano sin convicción.

—Lassiter, no se equivoque conmigo. Circuló una leyenda acerca de «Relámpago» Brown, un chiquillo que había matado a ocho hombres, pero «Relámpago» ha muerto en Negramosa y su leyenda con él. No volverá nunca. Yo soy otro.

Lassiter le miró fijamente.

—Quiere ser otro —replicó, despacio—. Todos lo quieren: Jim Parker, Jese James, Billy «el Niño», Wyatt Earp, Weild Bill, cualquiera de ellos hubiera dado diez años de vida por mudar de personalidad. Es imposible. El sello de la muerte sólo con la muerte se borra, Brown. Y usted lo lleva encima. Como lleva sus revólveres.

El muchacho, instintivamente, acarició las cachas de cedro de sus extrañas armas. Titubeó. Se volvió, de sopetón, y saltó a la silla del palomino. Posó en Lassiter una tenebrosa mirada.

—Lassiter, maldito sea usted —articuló.

Hizo volver grupas al animal, lo condujo a la puerta del corral, levantó la baranda y salió al exterior. Un momento después trotaba en dirección a la ciudad.

Se demoró unos minutos en un almacén para adquirir una cantimplora, cabezal y bridas para el caballo, y víveres abundantes. Luego recorrió a paso lento la fangosa calle principal, despidiéndose con una mirada de «Nancy's Den» y de todos los placeres que no había probado ni deseaba probar. Cuando ganó el campo libre, entre apartaderos insólitamente repletos de ganado, hizo un esfuerzo por olvidar para siempre Cheewaska.

Se puso a silbar, dejando al palomino caminar a su gusto.

Al cabo de dos horas se encontró en plena pradera, en medio de un mar de lomas verdes que uniformaban el paisaje hasta el infinito. Fue allí donde advirtió cuán acertada había sido la observación del encargado de la cuadra de alquiler: las nubes, torvas, negras, se habían extendido desde el horizonte, pasando a cubrir la totalidad del cielo. Empezaba a soplar un viento inquietante, y el caballo daba muestras de malestar. La luz se había vuelto lívida. Sonaban truenos lejanos, se distinguían relámpagos y, por añadidura, el crepúsculo era inminente. La tormenta no tardaría ni quince minutos en estallar.

Brown llevó el potro a la cumbre de la colina más alta, y oteó el panorama en todas direcciones. Hacia el Oeste se veía un estrecho valle con muchos árboles, y junto a él algo que parecía una cabaña. Aquella comarca hormigueaba de reses, en número inapropiadamente elevado para la estación, por lo que Brown se preguntó una vez más a qué esperarían los ganaderos de Cheewaska para llevar al mercado sus hatos.

Mientras se encontraba en el alto cayeron las primeras gotas de lluvia. Suponiendo que la cabaña entrevista sería la vivienda de los *cow-boys,* destacados en el sector por el dueño del ganado, picó espuelas y se encaminó hacia allí.

La lluvia arreció. Brown hizo galopar al palomino. La progresión en la densidad del agua que caía fue tan rápida que, casi sin notarlo, se encontró cabalgando bajo una cortina líquida que le aplastaba materialmente, a la vez que los truenos reventaban sobre su cabeza y las chispas eléctricas prestaban a las cosas contornos fantasmales.

La agotadora carrera, a ciegas, orientándose por instinto, semejó que no iba a terminar nunca. «Va usted a ahogarse», había dicho el hombre de la cuadra. A Brown se le antojó, entonces, una exageración, y ahora descubría que no era sino la verdad literal.

Por fin, entre la masa de agua, apareció la pequeña construcción. Era,, efectivamente, una típica choza de vaqueros, con su cobertizo anexo, bastante nueva y bastante sólida. Brown se apeó de un salto y llamó a la puerta. En tanto esperaba respuesta, abrió el cobertizo y metió en él al caballo. Creía que encontraría otros dentro, pero estaba vacío. Contenía heno abundante, y las trazas eran de que estuvo ocupado hasta poco antes. Nada mas.

Desensilló el potro, lo secó, lo cepilló y le dio de comer. A todo esto no había obtenido respuesta su llamada, de modo que cuando terminó se lanzó de nuevo bajo la lluvia, cruzó la puerta de la cabaña y la empujó. También la cabaña, aunque, al parecer, momentáneamente, se hallaba vacía. Había en ella dos literas, leña abundante, una mesa, dos sillas, mantas y el equipo de dos hombres.

Suspirando, satisfecho de hallarse a cobijo, Brown encendió un gran fuego en la chimenea, se despojó de sus ropas y las puso a secar. Preparó café, una torta de harina y alubias con tocino. Era tan grande el estrépito de la lluvia al precipitarse sobre el tejado de la choza, que tenía la impresión de encontrarse debajo de una inmensa cascada.

Desnudo ante el fuego, que doraba su atlética musculatura, el muchacho procedió a liar un cigarrillo. El tabaco, dentro de su bolsa impermeable, estaba intacto, pero el agua había reducido a una pasta el papel de fumar. Afortunadamente encontró un taco de hojillas entre los enseres de los ocupantes habituales de la cabaña, y, con el cigarrillo entre los labios, se sentó a vigilar la cocción de su cena.

Esta terminó al tiempo que se secaban sus ropas. Brown se vistió y se dispuso a comer. Entonces, a través del estruendo de la lluvia y del retumbar de los truenos, llegó a sus oídos un débil rumor. Le pareció, primero, el vago sonido de una voz humana. Después, identificó el resollar de un caballo y una especie de nervioso pataleo.

Esperó, con todos los sentidos alerta, pero el rumor no se

reprodujo. La violencia del chaparrón no había disminuido un ápice, y a Brown le hubiera gustado convencerse de que se equivocó. Quiso concentrar su atención en las aromáticas alubias. No pudo.

Levantándose, abrió la puerta. En la semioscuridad del crepúsculo, aumentada por la cortina de agua, se veía una cercana y elevada forma. Parecía un fantasma, pero Brown comprendió que era un caballo. Cogió una manta de la más próxima litera, se cubrió la cabeza y los hombros, y salió corriendo.

En cuanto llegó junto al caballo observó que estaba agotado por la fatiga y la lluvia. Era un pinto de mediano tamaño. No obstante, lo más importante era que, sobre la silla, doblado hacia adelante y, al parecer, sin conocimiento, había un jinete.

Brown se apresuró a meter el animal en el cobertizo. Tomó al jinete por la cintura, y lo desmontó. Se le escapó una exclamación de sorpresa al tenerle entre sus brazos, porque era poco más que un chiquillo. Dejándole sobre un montón de heno, libró al potro de la silla y lo aproximó al pesebre. Después se sacó la manta, y fue a envolver con ella al chico.

Su sorpresa aumentó, viéndole mejor, al descubrir que no era un chiquillo, sino una muchacha. Brown contempló un instante sus delicadas facciones en reposo. A continuación la tomó en brazos, la protegió con la manta y se lanzó a la carrera hacia la choza.

CAPITULO IV

Brown sentíase embarazado por aquella visita inesperada. Había tendido a la muchacha en una de las literas, y se esforzaba por darle a beber un poco de café caliente. La muchacha, sin conocimiento todavía, estaba empapada en agua, y la ropa pegada al cuerpo. No se podía determinar si era hermosa ni qué edad tenía, aunque parecía extremadamente joven. Brown, sosteniendo su cabeza para que bebiese, la comparó mentalmente con un pajarillo mojado.

El café hizo su efecto. La muchacha se estremeció, suspiró y abrió los ojos. Brown se encontró de pronto ante sus azules y asombradas pupilas. Luego, ella miró en torno y trató de incorporarse.

—Quédese quieta y termine de beber.

La joven obedeció en silencio. Después preguntó:

—¿Quién es usted?

Brown, que la tenía asida por la cintura y apoyada en su pecho, le apartó los cabellos de la cara, la acomodó en la litera y se retiró a la litera inmediata.

—Soy yo quien debiera preguntar eso —replicó—. Me llamo Jasper Brown. La he encontrado ahí fuera, bajo la lluvia. No parece el lugar más a propósito para una señorita.

Ella se miró las ropas. Vestía como un vaquero: camisa de franela a cuadros, pantalones de tejido azul y botas de media caña.

—Soy Cora Strang —anunció.

—Un nombre no significa nada para mí.

—¿Forastero?

—He llegado a Cheewaska en el tren de las tres. Voy a Sierra Brava, pero me ha detenido la tormenta.

La muchacha recobraba manifiestamente su vitalidad.

—Comprendo —dijo—. Bien, yo tengo un rancho a unos kilómetros de aquí, el «O Borra». Estos pastos y el ganado que hay en ellos me pertenecen.

—También esta cabaña, claro.

—Sí.

—¿Le parece que eso explica que la haya encontrado ahogándose ante la puerta? —sonrió Brown.

—Ollie y Harry, los hombres que cuidan del hato, están con licencia en la ciudad —explicó ella, tranquilamente—. Al ver que amenazaba tempestad, salí por si el ganado se metía en complicaciones. Era demasiado tarde, y la lluvia me ha sorprendido en el camino. Ha sido... espantoso. No sé cómo he llegado hasta aquí; supongo que me ha traído mi caballo.

Brown la examinó, arrugando la frente.

—¿No hay hombres en su rancho? Si el ganado estaba en apuros, ¿qué pensaba usted resolver con su presencia? Esa es la cosa más extraordinaria que he oído en mi vida.

—No había hombres esta tarde. Unos están en la ciudad; a los demás los había ya enviado a los pastos, cuando recordé que este hato estaba solo. Jerry Lincoln, mi capataz, se rompió una pierna anteayer. No he tenido más remedio que venir yo.

—¿Usted? ¿Ni su padre, ni su hermano, ni nadie?

—Mi madre murió hace ¡cuatro años, mi padre hace uno y medio ; no tengo hermanos ni parientes de ninguna clase.

—¿Y es usted quien gobierna el rancho?

—Sí.

Brown hizo un gesto de conmiseración.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciocho.

—Pobrecilla.

—No es necesario que me compadezca.

—¿Está segura? —Brown rió quedamente—. Se compadecería usted a sí misma si se viera en el estado en que la veo yo. Va a agarrar una pulmonía doble; se lo vaticino.

Mientras hablaba, el muchacho recogió del suelo una cuerda y comenzó a mirar las paredes.

—¿Qué busca? —preguntó Cora.

—Es necesario que se quite usted la ropa, que la ponga a secar y que entre en reacción.

—No me la quitaré delante de usted.

—Eso es lo que pretendo evitarle.

Brown encontró un soporte para la cuerda a cada lado de la cabaña, la tendió y colgó de ella dos mantas, formando una precaria mampara ante el fuego. Luego entregó su propia manta listada a la joven.

—Envuélvase en esto y dese prisa.

Sin titubear, ella pasó al otro lado de las mantas. Brown se sentó a la mesa, donde, intacta, humeaba su comida. Con una inexpresiva sonrisa, se entretuvo contemplando la sombra de la muchacha, que las llamas proyectaban en la pared. Cora colocó sus ropas frente al fuego, se envolvió en la manta y se la ciñó a la cintura con un trozo de cuerda. Asomó la cabeza.

—¿Tiene usted un peine?

Brown se lo dio. La muchacha no reapareció hasta haberse secado y peinado el cabello. Su aspecto era muy distinto. La manta dé vivos colores le prestaba un aire exótico, que acentuaban sus hombros desnudos. Tenía tostada la piel y difundía una impresión de juventud,

de salud, de alegría y limpieza asombrosas. El calor del fuego había arrebolado su rostro gracioso, expresivo, a la vez malicioso y dulce. Sus ojos azules chispeaban. El cabello envolvía su cráneo como un casco de pequeños y rebeldes rizos.

Brown se quedó admirado al verla. Ella dijo:

—No puedo consentir que por mí sacrifique usted la mitad de su cena. Si tuviera la amabilidad de adiarle una ojeada a mi caballo, yo, mientras, prepararía algo más.

El muchacho se puso lentamente en pie preguntándose si ella se daría cuenta de la intensidad con que la miraba. El mismo se sorprendía de haberla confundido momentos antes con un chiquillo o de haberla comparado a un pajarillo mojado. Era una mujer, y una verdadera mujer.

—De acuerdo —repuso.

Salió, guareciéndose bajo una manta, y secó y cepilló el potro como había hecho con el suyo, y volvió a rellenar el pesebre. Cuando regresó a la choza había nuevos recipientes en el fuego, pero la muchacha no los atendía. Por el contrario, tenía en la mano uno de sus revólveres, y lo examinaba con marcada atención.

—¿Le gusta? —preguntó Brown, sacudiéndose el agua como un perro.

—¿Qué es?

—Un «Hollorn». Hay muy pocos en circulación. Fueron lo único que heredé de mi padre.

—¿Murió?
—Le mataron —contestó el muchacho, fríamente— Veinticuatro halas en el cuerpo. Entre ocho, a tres por cabeza. Las devolví todas.
Ella contuvo el aliento.
—Fueron ocho hombres, y le cazaron en una emboscada. Me costó dos años encontrarlos.
—¿Los...?
—Sí, tres balas a cada uno.
Como si quemara, Cora devolvió el revólver a su funda.
—Ya sé quién es usted. Le llamaban «Relámpago» Brown.
—Aquello, pasó. Le agradeceré que no mencione ese nombre.
—¿Está arrepentido?
—¿Arrepentido de qué? No, señorita, no me arrepiento. Cumplí la ley, la única que conozco: ojo por ojo y diente por diente. No existe otra en el lugar donde mi padre y yo vivíamos.
—¿Dónde era?
—Sflull Creek, Arizona.
Hubo un desagradable silencio.
—Lamento haberla defraudado —dijo, al fin, Brown.
La joven no contestó nada.
Cenaron.
—¿Aceptaría usted un empleo? —preguntó ella de sopetón, con el rostro semioculto detrás del vaso de café.
Brown buscó sus ojos.
—Lo siento, pero usted me confunde. No soy un *gun-man* profesional.
—¿Por qué supone que necesito un *gun-man?*
—Es una intuición. He visto en Cheewaska algunas cosas que no eran lo que debían de ser.
La muchacha asintió lentamente.
—Lo que necesito es un nuevo capataz, por lo menos hasta que Gerry se reponga. Usted serviría.
—Tampoco soy un vaquero.
—Nadie ha hablado de vaqueros.
Brown lió y encendió un cigarrillo. Se tomó tiempo.
—Bueno, ¿qué ocurre? —inquirió—. Estamos en otoño, y el ganado de esta región no ha ido todavía al mercado. ¿Por qué?
—Porque no podemos enviarlo.
—¿No tienen el ferrocarril?
—Como si no lo tuviéramos.
—Explíquese
Cora reflexionó un instante.
—Era costumbre aquí vender los hatos a la Compañía Ganadera,

que pagaba sus cabezas a precio de mercado y cuidaba de su transporte —declaró—. Este invierno pasado murió Audrey Smith, el viejo delegado. El hombre que le sustituyó, Wandy Lassiter, trajo normas nuevas. El precio de mercado son treinta dólares. Lassiter paga veinticinco. Veinticinco dólares por cabeza significan la ruina de todos los ganaderos de la comarca.

—¿Por qué no buscan el mercado por su cuenta?

—Hay que ir a Kansas: veinte días de ruta, a través de un país infestado de cuatreros. Probablemente no ha oído usted hablar de «Rojo» Cavender.

—No.

—Ni de Nick Reedy.

—Tampoco.

—Nick Reedy es el «duro» que Lassiter tiene a la cabeza de sus hombres en Cheewaska. El y «Rojo» han sido siempre carne y uña, y es de suponer que sigan siéndolo; pero «Rojo» Cavender acaudilla ahora una banda de ladrones en los valles del Río Bisonte y, aparentemente, obra por propia iniciativa. Sólo aparentemente.

—Admito que ese Cavender sea el obstáculo que impide llegar a Kansas con una manada. Sin embargo, queda el ferrocarril.

—No. No hay vagones. Es imposible conseguir un vagón. La Compañía tiene la exclusiva, y todo el tráfico de la línea está en sus manos. Comprenda, esto no es un problema local. Un grupo de grandes financieros, desde Chicago, ejerce el control de la «Compañía Ganadera del Sudoeste», y Lassiter, como tantos otros, no es más que su ejecutor. Entre la Compañía y el Ferrocarril existe un acuerdo contra el que nada podemos nosotros. Si nos quieren imponer un precio de veinticinco dólares, o aunque fuera de veinte, por mucho que luchemos lo conseguirán.

Los caballos esperan —anunció Brown.

—¿Y han luchado?

—Luchar significa enfrentarse a Nick Reedy y su equipo. Reedy es capaz de permitir que cualquier *cowboy* de la región saque el revólver, y sacarlo y disparar todavía antes que él. Los muchachos le temen, con motivo.

—¿Qué dice a esto Barton, el alguacil?

La muchacha se encogió de hombros.

—Barton salió elegido gracias a Lassiter. Le debe el empleo.

Brown guardó silencio, mirando a la joven a través de la mesa.

—¿Qué se propone usted? ¿Que yo mate a Reedy?

Ella se estremeció.

—Usted no mataría a Reedy, Dios me libre de enfrentarles. Es el hombre más peligroso del Estado.

—¿Entonces?

—Mi última esperanza es enviar el ganado a Kansas por la Long Joe Trail, que era la ruta seguida antes del tendido del ferrocarril. Habrá que burlar a «Rojo» o hacerle frente. Para ello necesito un capataz que... es decir, alguien...

Brown arrojó el cigarrillo al suelo, y lo aplastó con el pie. Habló sin levantar la cabeza.

—No cuente conmigo.

—Pero...

—No insista. Y no me pida explicaciones, porque no lo entendería. He pasado en un penal tres años, he reflexionado mucho, he sentido una cosa nueva dentro de mí. No puedo definirla. Estoy harto de todo y de todos, y algo me llama desde muy lejos, desde el desierto, desde más allá de la montaña, desde el otro lado del horizonte. Yo nací en el desierto y pertenezco a él. Este no es mi mundo. He cumplido mi misión, y me voy. Interprételo así. O considere que mi abuela materna era una india comanche, y que hay una barrera de sangre entre ustedes y yo, como prefiera.

—Es usted un cobarde —dijo la muchacha abruptamente.

El rostro de Brown se endureció.

—Está bien, quizá para usted lo sea.

—Tiene la cobardía rastrera del egoísta que renuncia a vivir como un hombre porque es incapaz de vivir más que como una alimaña. El desierto está lleno da miserables como usted, gente que prefiere sufrir hambre y sed y soportar los piojos antes que cumplir sus deberes sociales. Sí, sí, váyase al desierto; allí se sentirá a gusto.

Brown no respondió. Despacio, se alzó de la mesa y volvió a la muchacha la espalda. Descolgó la cuerda y las mantas que había tendido ante el fuego, y las trasladó de modo que la mampara quedara entre las dos literas. En el silencio, la cabaña, bajo la lluvia, resonaba como un tambor. Los truenos estallaban con ímpetu salvaje...

—Será mejor que se acueste y duerma —aconsejó el joven, cuando terminó la instalación—. La prevengo de que el respeto que tengo a su reputación no es suficiente para inducirme a dormir con los caballos en el cobertizo.

Cora, desde la mesa, le dirigió una larga mirada.

—Es usted hasta caballeresco. Parece mentira.

—Cese de desbarrar.

Con una fría inclinación de cabeza, la muchacha desapareció tras de la manta. Brown se tendió en su litera, y empezó a fumar.

Estuvo fumando toda la noche, cigarrillo tras cigarrillo, sin pegar ojo, perfectamente despierto, escuchando el concierto titánico de la tempestad, reflexionando. Cora Strang, en la otra litera, respiraba suave y acompasadamente. Brown la oyó moverse y suspirar de vez en cuando. Tenía fija la mirada, sin expresión, en el improvisado tabique que le separaba de ella.

La tormenta amainó al amanecer, y cuando Jasper se levantó y abrió la puerta de la cabaña, ya no llovía. Salió a inspeccionar los caballos, los ensilló a los dos y los sacó al aire libre. El cielo estaba todavía encapotado; no se veía el sol. El viento era frío, punzante como agujas, y la tierra desprendía un molesto vaho de humedad.

Al regresar a la choza encontró a Cora vestida y preparando café. Admiró la gracia natural con que llevaba sus prendas masculinas, mientras ella se volvía y le dedicaba un formulario ademán. No dijo una palabra, y la muchacha tampoco. Ninguno de los dos habló hasta que hubieron desayunado.

—Los caballos esperan —anunció él después.

Recogió su modesto equipo, y salió. Cora, que le había precedido, estaba ya en la silla del pinto, tan impaciente por emprender la marcha como el animal. Se inclinó, y tendió a Brown la mano.

—Llegó el momento de la despedida —dijo, con una sonrisa superficial—. Disculpe mis palabras de anoche. Le deseo suerte. No olvidaré las atenciones que ha tenido conmigo ni...

—No necesita despedirse. Voy con usted.

—¿Conmigo?

—A no ser que haya mudado de opinión, acepto ese empleo de capataz. Y no me pregunte las razones.

Cora miró instintivamente en dirección a Sierra Brava, donde empezaba el desierto, e inclinó la cabeza.

—De acuerdo —replicó.

CAPITULO V

Era al rededor de mediodía cuando Nick Reedy visitó el «Rancho O Barra». Dejando al pie de la veranda su peludo ruano, entró sin llamar. Reedy pesaba casi cien kilos, medía un metro ochenta de estatura, llevaba el cabello largo y muy cuidado, y vestía con extremada pulcritud. Pese a su corpulencia y al vigor que de notaban sus hombros, su cara no era la de un bruto sino la de un hombre astuto, calculador, apasionado, pero dueño de sus pasiones. No mal parecido, lo más agradable de él era su fatua sonrisa. Los revólveres, muy bajos, ceñida la funda a sus muslos, parecían en su atuendo un objeto de adorno, pero había demostrado cumplidamente que sabía utilizarlos con precisión y rapidez.

Encontró a Cora Strang en el comedor, y ella semejó enojada, aunque no sorprendida, por su visita.

—Lassiter me ha enviado —manifestó el hombre, sentándose sin cumplidos en un sillón y estirando las piernas—. Sabe, paloma mía, que usted y yo andamos en buenas relaciones, y cree que podremos llegar a un acuerdo. Se ha enterado de que contrató a «Relámpago» Brown.

Cora, en pie, le contemplaba con hostilidad.

—Será mejor que se marche por donde ha venido, Reedy.

El se desperezó, sonriendo.

—No, muñeca, no será mejor. La estaba echando de menos. ¿Cuánto tiempo llevo sin verla? ¿Una semana?

—Nuestras relaciones nunca han sido buenas. Le ruego que se vaya.

—En cierta ocasión le dije...

—En cierta ocasión me dijo que deseaba casarse conmigo; no lo he olvidado. Gracias, una oferta de matrimonio siempre se agradece; pero esto es todo, Reedy. Le contesté que no, y le pedí que no insistiera.

—No sabe lo que está despreciando —Reedy no parecía en absoluto afectado por la negativa—. Dentro de muy poco voy a convertirme en el hombre más importante de Cheewaska, paloma, espere a verlo, y este rancho necesita de una mano dura y un carácter firme. ¿Cuál es ahora su situación? Una palabra mía y todo el ganado que tiene inmovilizado en los pastos y corrales sería comprado a buen precio. Una palabra mía, Cora, nada más.

—¿Por qué no la pronuncia? —le desafió la muchacha.

—Porque usted debe pronunciar otra antes.

—¿Ha venido a decirme eso?

—En parle, sí.

—¿Para qué le ha enviado Lassiter?

La melosa sonrisa del pistolero se acentuó.

—Ese es otro asunto. Lassiter exige que le dé hoy mismo la patada a «Relámpago» Brown. No me gusta la cara del mocoso.

La joven enrojeció de cólera.

—En mi rancho mando yo. Contrato a quien me da la gana, y si a Lassiter no le gusta Jasper Brown, que se trague el disgusto. Dígaselo así. Es mi primera y última palabra.

Reedy dejó oír una bien timbrada risa de barítono.

—¡Qué deliciosa mujercita es usted, paloma! —empezó a levantarse—. Pero yo no le diré eso a Lassiter; podría enojarse, y Dios sabe lo que ocurriría aquí. No me iré sin lograr un acuerdo.

Cora alzó los ojos al rostro del hombre que, alto y enorme, estaba ahora en pie ante ella.

—Es inútil —articuló. Y, de pronto, adivinó que era lo que él se proponía—. ¡Reedy! —exclamó—. ¡Márchese! ¡No!

Quiso echarse atrás, y no tuvo tiempo. Reedy la apresó brutalmente por la cintura, la dominó sin el menor esfuerzo, y la atrajo hacia sí.

—Lograré el acuerdo —dijo, echándole el aliento al rostro—. Lo lograría con cualquier mujer, y usted no es distinta a las demás. —Una llamarada asomó a sus pupilas, y, en tono distinto, añadió—: Cora, las cosas podrían ser... tan fáciles...

La muchacha, desesperadamente, pugnó en vano por desasirse. Intentó gritar, y la pesada mano del hombre le cubrió la boca. Sintió que las fuerzas la abandonaban. Cerró los ojos.

Un disparo, como un ladrido seco y agudísimo, sonó casi a su lado.

Reedy barbotó una blasfemia, y la soltó. La muchacha, tambaleándose, fue a apoyarse en la pared. Una .nube le enturbiaba la vista, pero, aun con ello, distinguió en el umbral a un hombre que empuñaba un revólver humeante. En aquel preciso instante disparó por segunda vez. La bala trazó un surco rosado, que se volvió rojo inmediatamente, en la mejilla izquierda de Reedy. Cora observó que éste tenía en la derecha otra huella exactamente igual.

—¡No le mate, Brown! —gimió—. ¡Cuidado! ¡Déjelo que se vaya!

Reedy, tembloroso de furia y encogido sobre sí mismo, no se atrevía a bajar las manos hasta los revólveres. Era evidente que la ceñuda serenidad del muchacho parado en la puerta le impresionaba tanto como la fabulosa puntería de que acababa de hacer alarde.

—Ya lo ha oído —dijo fríamente Brown—. Es ella quien le perdona la vida. Lárguese. Si vuelvo a verle en esta casa, no lo contará.

El pistolero se pasó la lengua por los labios, e intentó restañar la sangre de sus mejillas.

—Se vale... de las circunstancias —jadeó—. Si no fuera porque sé que no me dará tiempo a sacar...

—¿Quién es usted?

—Nick Reedy —dijo Cora.

Brown sonrió ferozmente.

—El «duro» de Lassiter en ridículo. No le daré tiempo a sacar, es cierto. Otro día. Cora, tome sus revólveres... ¡Quieto, Reedy!

Reedy contrajo los músculos, pero no se movió. La muchacha se situó detrás de él y, rápidamente, extrajo las armas de sus fundas. Retrocedió con ellas, al fondo del comedor.

Brown enfundó su «Holborn». Súbitamente abrió la hebilla de su cinto y dejó que éste, con los dos revólveres, cayera al suelo.

—Las armas no lo son todo para un hombre —declaró.

Avanzó hacia Reedy. Este, descubriendo que se le había regalado una inesperada ventaja, se precipitó contra él blandiendo sus recios puños. Brown esquivó el golpe de uno y encajó el otro en el brazo. Replicó fulminante. Entregado todavía al impulso del ataque, el pistolero recibió, sin poder defenderse, un mazazo brutal en cada ojo. Aulló. Uniendo las dos manos cerradas y levantándolas desde las rodillas con la fuerza de una catapulta, Brown le incrustó los nudillos en el mentón.

Los pies de Reedy se alzaron medio metro, y la cabeza se le dobló hacia atrás. Cayó desmadejado, como si no tuviera coyunturas. Quedó tendido de bruces, sin conocimiento.

Brown se sopló los puños, y los restregó en su camisa.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó, débilmente, la muchacha.

El no respondió. Fue a recoger su cinto.

—No era necesario —insistió Cora—. Ha humillado a Reedy, y todo se puede esperar de él. Se vengará, aunque tenga que matarle por la espalda. Usted no comprende con qué clase de enemigos se enfrenta.

Brown, ceñidos los revólveres, tomó los de Reedy, se inclinó y los devolvió a sus fundas.

—Quizá hubiera preferido que la dejara en sus brazos —sugirió.

El rostro de la muchacha se cubrió de rubor.

—Ni siquiera he insinuado tal cosa. Oh, es usted..., es usted...

—Me ha contratado tal como soy, ¿no?

Ella se mordió los labios. Brown agarró al caído por los pies y lo sacó a rastras. Siguió arrastrándole a través del vestíbulo, hasta la veranda; le hizo bajar las escaleras, rebotando su cabeza de peldaño en peldaño, y por último le izó a la silla del ruano y le ató a ella con el lazo que pendía del arzón. Azotó al animal, y lo lanzó al trote camino adelante. Se quedó en la puerta, viendo cómo se alejaba.

Cuando volvió a entrar, Cora estaba sentada mirando al suelo.

—Usted no hizo mención de la parte sentimental del asunto —dijo Brown, deteniéndose ante ella—. Me ha parecido que Reedy la molestaba. Discúlpeme si me he propasado.

La muchacha alzó los ojos.

—¿Qué le ocurre a usted, Brown? Lleva en su puesto más de veinticuatro horas, y ya parece desempeñarlo por la fuerza. Yo no le retengo. Márchese, si quiere.

—Tengo un deber social que cumplir.

—No vuelva a echarme eso en cara.

—¿No es la verdad?

Cora hizo caso omiso de la pregunta.

—Nicky Reedy ha estado importunándome con sus galanteos —declaró—. Empezó un domingo, cuando yo salía de los oficios

religiosos, pero nunca fue cosa de mayor importancia. Buscó una oportunidad para declarárseme, y le rechacé. Luego le he visto un par de veces. Hoy... se ha comportado de modo distinto. Su posición y la de Lassiter son cada día más fuerte, y se envalentonan. No valía la pena matarle.

—Si usted lo dice...

—Eso es lo que usted llama la parte sentimental del asunto. En nada afecta a lo demás. —Cora titubeó, y a continuación cambió de tema—: Brown, ¿ha inspeccionado usted los hatos? ¿Qué ha decidido?

—Es una locura lanzarse por la Long Joe Trail en esta época y con cuatro mil cabezas de ganado, sin contar con la posibilidad de que los cuatreros intercepten el camino. Las reses llegarán a Kansas convertidas en esqueletos, si no han muerto todas. Será difícil obtener treinta dólares por cada una de ellas.

—Yo no puedo vender a veinticinco. Lo haría en caso de necesidad, pero es sentar un precedente del que Lassiter se aprovechará.

—¿Han vendido otros?

—Los menos. Casi todos esperan.

—¿Esperan qué?

—Que haya vagones, o que Lassiter suba el precio.

Brown asintió lentamente.

—Lassiter no subirá el precio, pero quién sabe si se podrían conseguir vagones. Lo he pensado. Iré a Rainville, la capital del condado, y hablaré a las autoridades.

—Algunos lo han hecho, y ha sido inútil.

—Déjeme intentarlo. Si no resulta, todavía queda la Long Joe Trail.

Cora se encogió de hombros.

Inmediatamente después de almorzar, Brown partió montado en su palomino. Llegó a Rainville a primera hora de la noche. La capital del condado era una población distinta a Cheewaska, porque había conocido mejores tiempos y ahora se encontraba en decadencia. Hubo en ella, antiguamente, una mina de plata, y en años más recientes fue el vértice de las principales rutas ganaderas de la comarca, convergentes allí para tomar hacia Kansas la gran pista conocida por Long Joe Trail. Esta ruta fue abandonada al tenderse el ferrocarril, y Rainville perdió todo su colorido.

La primera visita de Brown fue para el delegado de la Compañía Ganadera: un hombre enjuto, barbudo, de mirada de hielo.

—Veinticinco es nuestro precio, efectivamente —declaró—: Wandy Lassiter cumple con su deber. En cuanto a los vagones, no tengo nada qué decirle. Proteste ante la compañía ferroviaria. Bastantes apuros pasamos nosotros para procurarnos los pocos que

conseguimos.

—No es verdad. No son muchos los propietarios que han vendido en Cheewaska, pero para ellos ha habido al instante vagones.

El delegado desafió a Brown con la mirada.

—Pura casualidad.

El factor de la estación y jefe de tráfico de aquella porción de línea no se mostró mucho más explícito.

—Si ha venido de Cheewaska creyendo que aquí encontraría reserva de vagones —le dijo a Brown—, ha perdido el tiempo. No hay ni uno. Es un problema sin solución. He recurrido a mis jefes en vano, y le juro que he recurrido de buena fe. Si algo estuviera en mi mano, lo haría. Usted no es tonto, ¿verdad?

—Creo que no.

—Pues entonces se dará cuenta de que el mal viene de muy lejos y de muy arriba. Mientras la Compañía Ganadera no quiera que haya vagones en la zona, no los habrá. Es inútil emperrarse.

Brown se trasladó de la estación a la oficina del *sheriff.*

—«La Compañía Ganadera del Sudoeste» está ejerciendo una presión ilegal sobre los propietarios de la comarca para obligarles a vender a precio ruinoso —anunció—. Quisiera saber qué medidas ha tomado usted para impedirlo y de qué modo puedo yo, como capataz del «O Barra», defenderme de ese cochino chantaje.

El *sheriff* mascaba tabaco, y su cara tenía una expresión astuta.

—¿A qué presión y a qué chantaje se refiere usted, amigo? —preguntó.

—No encontramos vagones de ferrocarril para embarcar el ganado por cuenta propia.

El funcionario lanzó un escupitajo a través de la ventana.

—Ninguna ley obliga a que haya vagones disponibles en el condado.

—Pero usted sabe...

—Yo no sé nada. Hago cumplir las leyes y mantengo el orden público; eso es todo. No creo que las irregularidades del ferrocarril me incumban.

Brown entrecerró los ojos.

—Es usted un canalla.

El representante de la Ley dejó de mascar. Su mirada se posó en los revólveres del muchacho.

—Salga de esta oficina —conminó.

—Es usted un canalla —insistió deliberadamente Brown—. ¿Cuánto le paga la Compañía Ganadera por hacer la vista gorda a sus manejos?

El hombre titubeó. Luego rió silenciosamente.

—Cien pavos semanales. Ande —añadió cínicamente—, dígalo a la

gente y le meteré en la cárcel por difamación. Está usted bueno.

Una fría cólera se había apoderado de Brown.

—Le llegará su hora, *sheriff,* como a todos —dijo—. Ya veremos si entonces le quedan ganas de reír.

Abandonó la oficina, tomó habitación en un hotel, cenó, y al amanecer emprendió el camino de regreso al rancho.

—Tenía usted razón, es inútil —confesó a Cora—. Pero la culpa la tienen ustedes, los propios habitantes del condado. Si se hubieran rebelado desde el principio no les pondría la Compañía el pie al cuello, como ahora ocurre. La Long Joe Trail es efectivamente nuestra última esperanza.

—¿Cuándo partirá?

—Lo antes posible. Primero, sin embargo, convendría reunir en conferencia a los principales ganaderos de la comarca, y estudiar en conjunto la situación. Si llevamos a Kansas todo el ganado de una vez, con hombres suficientes para defenderlo, la amenaza de los cuatreros no será tan peligrosa. ¿Podría convocarse la conferencia para esta tarde?

—Yo me ocuparé de ello —asintió la muchacha.

La conferencia fue un fracaso. Brown descubrió en ella hasta qué punto estaban desmoralizados los propietarios. Durante un momento pareció que se adherían a la iniciativa de Cora, reuniendo sus hatos para formar una expedición común; luego, un hombre llamado Blake anunció que él vendería a veinticinco porque no quería arriesgar vidas ni enflaquecer el ganado en aquel camino interminable, sin pastos, bajo los tormentas de otoño y con los bandidos de «Rojo» Cavender a la espera de una oportunidad. Blake era dueño del «Doble Cruz», el rancho más importante de Cheewaska, y su envío hubiera sumado seis mil quinientas cabezas. Su opinión arrastró a los demás. Cuando acabó la conferencia, Cora y Brown comprendieron que Lassiter había ganado la partida, y que ellos serían los únicos en aventurarse por la Long Joe Trail.

—Lo siento —le dijo Blake a la muchacha—, pero, por este año, no hay otra solución. Me doblegaré a las exigencias de la Compañía porque necesito dinero y, a medida que el tiempo pasa, lo necesito más. Después tomaré mis medidas. Tengo cierta influencia en Chicago. Las cosas se arreglarán para el año próximo, Cora, usted verá.

Cora no respondió. Observaba la mirada de hiriente desprecio que había asomado a los ojos de Brown.

Este, al día siguiente, desde el alba, comenzó con los *cow-boys* del «O Barra» a agrupar el ganado para emprender el viaje.

CAPITULO VI

Caía una fina llovizna. La gran manada, gobernada a gritos y silbidos por los *cow-boys* estaba descendiendo hacia la línea del ferrocarril. A retaguardia se bamboleaba el carro del equipo.

Cora y Brown refrenaron sus caballos en la ladera de una colina. Cheewaska se extendía a su izquierda.

—Le deseo suerte —dijo la muchacha, tendiendo la mano—. Me gustaría poder explicarle cuánto me alegró que aceptara este empleo, y no por mí sola, sino también por usted mismo. Creo que... que el penal le hizo a usted mucho daño, y que necesitaba... algo que le asiera a la vida y al mundo. Me he dado cuenta de ello después. Al principio no pensé sino en que usted me sería útil, lo confieso.

Brown ni siquiera sonreía.

—Cora —repuso lentamente—, anda usted con los ojos cerrados.

—¿Por qué dice eso?

—No seré yo quien se los abra —Brown se afianzó en la silla—. Gracias por sus buenos deseos. Procuraré cumplir. Antes de un mes me tendrá de nuevo a su lado... si no dispone lo contrario «Rojo» Cavender —miró directamente al rostro a la muchacha—. Sólo hay una cosa que me preocupa.

—¿Qué es?

—Nick Reedy. Se queda usted sola en el rancho, sin un hombre, salvo Gerry Lincoln, y él malamente puede protegerla con la pierna rota.

Cora se ruborizó ligeramente.

—Brown, ¿por qué ha dicho que ando con los ojos cerrados?

El muchacho ignoró nuevamente la pregunta.

—¿No tiene usted una amiga en cuya casa hospedarse hasta nuestro regreso? Eso sería una solución.

—Puedo... sí, puedo irme a vivir con Stella Stevens. Eramos compañeras de colegio. Su padre es dueño del «T Dos Barras».

—No espere a mañana para hacerlo.

Brown se dispuso a partir.

—Brown —dijo la muchacha.

—¿Qué?

—Brown, ¿por qué aceptó el empleo de capataz y renunció a su viaje? ¿Fue por lo que yo le dije en la choza?

El pareció a punto de contestar algo, y Cora se sorprendió del extraño fulgor que por un instante desvaneció la sombra de sus pupilas. Pero debió pensarlo mejor, porque, sin pronunciar palabra, picó espuelas y lanzó su potro ladera abajo, galopando briosamente hasta situarse en cabeza de la manada. Cora permaneció en la loma

cinco minutos más. Después emprendió el regreso.

Cuando hubo cruzado la vía férrea, Brown, en compañía de Rusty, uno de los *cow-boys,* se encaminó a las oficinas de la Compañía. Descabalgó ante la puerta y entró seguido de su compañero. Wandy Lassiter se encontraba allí con dos escribientes. Por la ventana se distinguía la estación y, más allá, un largo tren de vagones cargados de ganado.

Lassiter se levantó a medias al reconocer a su visitante.

—¿Me tiene miedo? —inquirió burlonamente, Brown.

El delegado se dominó.

—No diga tonterías —se pasó la mano por la frente—. ¿Ha venido en busca de pelea, quizá? Me he enterado de lo de Nick. No me parece modo de corresponder...

—Usted me hizo un regalo, y yo le he hecho otro: la vida de Reedy. Estamos en paz. De no saber que Reedy era amigo suyo, le hubiera dejado seco allí mismo.

—Usted habla mucho.

—Es preferible que hable yo a que hablen mis revólveres. Repito que estamos en paz, Lassiter, y a los dos nos conviene seguir así. Cuide de que Reedy no vuelva a cruzarse en mi camino.

Lassiter sacudió conmiserativamente la cabeza.

—Yo no puedo atarle a Nick las manos. Lo siento, Brown. ¿Eso es todo?

—No. Necesito que me extienda el correspondiente certificado de propiedad para el ganado de Cora Strang. Cuatro mil cabezas.

El delegado se quedó inmóvil.

—¿Qué se propone?

—Salimos en este momento hacia Kansas por la Long Joe Trail.

—Es una locura —Lassiter sonreía irónicamente—. Mire ahí —señaló con la cabeza la ventana—. Billings, Blake, Donovan, todos los ganaderos han empezado a vender, y he tenido la suerte de encontrarles vagones. Probablemente se los encontraría también a Cora Strang si fuera razonable.

—Me asombra su desvergüenza —dijo secamente Brown—. Cora Strang no vende; tiene mejor temple que esos gallinas. Y cuenta conmigo.

Lassiter mantenía estereotipada su sonrisa.

—Eso es lo malo, que cuente con usted. Debió seguir hasta Sierra Brava, muchacho. Las cosas se le van a poner ahora muy difíciles.

Rusty, junto a Brown, emitió un gruñido de impaciencia. El joven lo captó y cuadró los hombros.

—¿Me extiende ese certificado?

—No puedo —repitió Lassiter.

—¡Cómo que no puede!—Las manos del muchacho se apoyaron

en la culata de sus revólveres—. Una de las misiones de la Compañía Ganadera es extender certificados de propiedad para las manadas que se conducen al mercado. No hay otra garantía.

—Este año no se extienden. Son las órdenes.

—¿De quién vienen las órdenes?

—De la oficina superior.

—No me engañará, Lassiter. Muéstremelas.

Lassiter abrió un cajón de su mesa, lo registró, sacó un telegrama y, sin inmutarse, lo tendió a Brown.

—Fecha de ayer —murmuró éste—. Usted supo ayer que el «O Barra» recurría a la Long Joe Trail, dio aviso y adoptó precauciones. Está muy claro. Una manada que viaja sin certificado de propiedad y es atacada y despojada por los cuatreros, luego no puede reclamar ante la justicia ni exigir la devolución de unas reses que, legal y oficialmente, no son suyas. Esto es facilitarle la tarea a su amigo “Rojo" Cavender, Lassiter, ya lo sé. Pero no me importa. Dígale a Cavender que iré prevenido y dispuesto a todo. El exclusivamente tendrá culpa de lo que ocurra.

—Le advertí antes que habla usted mucho.

—¡Váyase al cuerno! —masculló Brown.

Dio media vuelta y salió de la oficina. Diez minutos después, en compañía de Rusty, se reunía con el ganado.

La Long Joe Trail no era una pista propiamente dicha, porque ya el tiempo se había encargado de borrarla, y no la utilizaban más que las raras caravanas de emigrantes que se aventuraban tan al Sur. Otras caravanas, con las diligencias Wells Fargo y con las grandes manadas, la habían hecho famosa antes del establecimiento del ferrocarril. Ahora, las penalidades sufridas sobre ella, las bandas de forajidos y de pieles rojas, las docenas de cadáveres abandonados como hitos, eran solamente un recuerdo. Las postas desaparecieron, y se arruinaron los pequeños núcleos de población, los centros de placer y los albergues instalados en los que fueron puntos cruciales. Esto, como es natural, hacía su actual travesía más dura, y Brown lo sabía perfectamente.

No obstante, las cuatro mil reses y el equipo que las custodiaba progresaron sin demasiada dificultad día tras día en dirección nordeste. Durante la tercera jomada descargó una violenta tempestad que aterrorizó a los animales, cuya estampida hubo que contener con esfuerzos sobrehumanos, trabajando bajo una tromba de agua y casi a ciegas. La tempestad se repitió el sexto día, con menor riesgo. El séptimo y el octavo llovió nuevamente, pero sin interrupción. Viajar en estas condiciones era especialmente penoso. La tierra se había convertido en un mar de barro. Encender fuego y guisar resultaba casi imposible. Los hombres, al anochecer, se guarecían en el interior del

carromato, comprimidos en sus angostos límites, apelotonados, dándose unos a otros un poco de calor.

Los *cow-boys,* a despecho de todo esto, no perdían el ánimo ni el buen humor. Brown halló en ellos excelentes camaradas.

Las jornadas novena y duodécima fueron mejores. Persistió el barro, pero no llovió y el avance ganó en velocidad. El equipo, sucio hasta lo inconcebible, sin afeitar, sin haberse despojado de la ropa una sola vez desde que se puso en camino, cobró valor por el hecho de haber cubierto ya más de la mitad de ruta. Sólo el ganado se resentía: no encontraba buen pasto, enflaquecía ostensiblemente e iba cansándose más y más.

Por la tarde del día duodécimo. Tex Steele, un *cowboy* de edad madura y cutis como cuero arrugado, fue al encuentro de Brown.

—No sé si habrás observado lo que yo —dijo, echándose el sombrero hacia la nuca—, pero no he querido dar la alarma hasta estar seguro. Ahora lo estoy.

—Estás seguro de que nos vigilan y nos siguen —replicó el muchacho.

—Lo has visto, ¿no?

—Desde que cesó de llover se perciben movimientos sospechosos en el horizonte.

—Son jinetes —asintió Steele—. Ahora se han reunido entre aquellas dos lomas. Tú fíjate, allí. Ya sabrás lo que eso significa.

—«Rojo» Cavender.

—Por supuesto.

Brown, pensativo, contempló las colinas que cerraban su perspectiva por el oeste.

—Di a todos que preparen las armas y se mantengan alerta. Esto tenía que ocurrir, no hay remedio. Si no son muchos, les haremos frente; si lo son, dejaremos que las cosas sigan su curso. Que nadie se aparte de mis instrucciones.

Steele volvió grujías, y fue a transmitir el aviso.

Faltaba media hora para el anochecer cuando, como siempre, la manada se detuvo y los hombres prepararon su campamento. No hablaban, estaban tensos, despiertos los sentidos, prestos revólveres y rifles.

Hasta que el sol se hubo puesto y empezaron a flotar en torno las sombras de la noche no ocurrió nada.

Luego:

—¡Eh! —exclamó Steele.

Una numerosa tropa a caballo galopaba rectamente hacia ellos.

CAPITULO VII

Brown se había hecho ya cargo de la situación. El ganado se hallaba en una inmensa pradera de hierba rala, encharcada, y el campamento en una porción de terreno seco, rocoso, al margen de un riachuelo y de un macizo de espesura que se prolongaba hasta enlazar con el bosque que cubría toda la zona occidental, más elevada y anfractuosa, del paisaje. Los jinetes se aproximaban por la linde del bosque. Su número, calculó rápidamente el muchacho, doblaba el de los hombres de que disponía.

—¿Qué hacemos? —inquirió uno de los vaqueros, manoseando su «Winchester».

Brown tomó una decisión.

—Dejad que lleguen. Yo no estaré. Si preguntan por mí, decid que ando por ahí, que me he ausentado, que no sabéis nada. No os sorprendáis, ocurra lo que ocurra. Pero, sobre todo, no os liéis a tiros. Vedles: dos contra uno. Sería suicidarse.

Steele, que era el más viejo, masculló una maldición.

—No me gusta.

—Soy yo quien manda aquí, Tex. Saldremos de apuros como mejor podamos.

Brown se dirigió a su silla de montar, y desprendió el lazo del arzón. Luego, tomando del ronzal a su caballo, trabado más allá del fuego, lo condujo al punto donde la espesura se internaba en el bosque, y lo dejó allí. Los *cow-boys* reunidos en el campamento, desconcertados por su conducta, le vieron a continuación desaparecer entre los árboles.

Los jinetes estaban muy próximos. Se abrían en semicírculo. Los "hombres del «O Barra», puestos en pie y con las armas en la mano, asistieron nerviosos a su despliegue. Este se realizó con la perfección propia de una larga experiencia. En un instante quedó rodeado el campamento. Entonces cesó el galope, y el frente de jinetes se inmovilizó. Hubo un pesado silencio.

Lo rompió una voz aguda:

—¡Al suelo la artillería! ¡Estáis encañonados!

Los vaqueros titubearon, mirándose entre sí.

—Obedeced —gruñó Steele, a desgana.

Las armas, una a una, cayeron en torno al fuego. Transcurrido casi un minuto, tres de los jinetes descabalgaron y se adelantaron. Uno era un mestizo con un ancho sombrero mejicano de paja, bizco, al que le cruzaban el pecho dos cananas y que sostenía bajo el brazo un rifle corto y macizo, de modelo poco común; otro era un gigantón que vestía una blusa de cuero repujado, calzaba mocasines y llevaba

un único revólver muy alto en el cinto, muy centrado y con la culata vuelta hacia el interior. El tercero, que se situó al frente de ambos, tenía el cabello rojo como una llama. Iba con la cabeza descubierta, era alto, ágil, y andaba con el balanceo característico de los hombres que se han pasado la vida a caballo. Su cara larga era desagradable por la avidez que traslucía su expresión. Usaba bigote, vestía pulcramente y, en general, se advertía que cuidaba de su apariencia. Dos «Colt 45» pendían de sus enjutas caderas.

Steele, como la mayoría de sus compañeros, conocía a los tres hombres perfectamente, por lo menos debido a su fama. Eran «Rojo» Cavender y sus lugartenientes Epifanio Ruiz y Buck Strauss.

Fue Cavender quien habló:

—¿Sois del «O Barra»?

No obtuvo respuesta, pero semejaba muy satisfecho del efecto que había causado su aparición. Situándose junto al fuego, escrutó uno a uno los rostros de los hombres. Sonrió.

—Oí decir que os capitaneaba nada menos que «Relámpago» Brown —añadió, restregándose las manos—. Bueno, ¿cuál de vosotros es ese fenómeno? ¿Se ha quedado mudo?

—No está —declaró Steele.

—¿Pues dónde está?

—No sé, por ahí. Volverá pronto.

—Le ha dado el canguelo, ¿eh? —Cavender fue a colocarse frente al veterano *cow-boy*—. Tú eres Tex Steele, si no me equivoco.

—Sí.

—Tú sabes que tengo un rancho, ahí, en la montaña.

—Si.

Cavender parecía divertirse en grande.

—Quizá sepas también que ando algo corto de reses.

—Basta de esto, «Rojo» —rezongó Steele—. Di lo que quieres y lárgate.

—¿A quién pertenece esta manada? ¿Tienes el certificado de propiedad?

—Lassiter habrá cuidado de comunicarte que no.

—¿De modo que el ganado no pertenece a nadie?

—Lleva la marca del «O Barra».

—Las marcas sólo tienen valor absoluto en el condado correspondiente, Tex, y por si no te has enterado te diré que estás desde hace dos días en Río Bisonte. Me parece muy bien —Cavender rió—. Me llevaré unas cuantas cabezas, sin abusar. Te aconsejo que no pierdas la calma, y lo mismo a tus hombres. No hay razón pitra hacer aquí una carnicería.

Los labios del veterano temblaron.

—Eres un cerdo, «Rojo». Si no fuera por...

Con el dorso de la mano, sin perder su sonrisa, Cavender le pegó en la boca. Steele se tambaleó. Cuando iba a precipitarse sobre el cuatrero, el *cow-boy* que estaba a su lado le detuvo.

—Insultos no, Tex —dijo Cavender.

Retrocedió hasta el círculo de jinetes y dio unas órdenes, en tanto el pequeño grupo de hombres permanecía bajo la atenta vigilancia de Ruiz y de Strauss. Los cuatreros partieron en dirección al ganado. Cavender, perezosamente, regresó junto al fuego.

—Quiero saber a dónde ha ido «Relámpago» Brown.

Steele no respondió esta vez.

—No andará lejos —dijo, de pronto, Rusty—. Ha dejado su caballo —hizo un ademán—. Allí.

Cavender miró hacia el extremo de la espesura, pero no se movió.

Durante largo tiempo no ocurrió nada. Era ya negra noche, _y se oía a los cuatreros acicatear a las tardas y adormiladas reses con el evidente propósito de sacarlas de la pradera. Steele, de cuyos labios manaba un hilo de sangre, pensó que sería imposible por muy expertos que fueran los hombres de «Rojo», conducir aquellos millares de cabezas en medio de la obscuridad. Probablemente la operación se aplazaría hasta el amanecer, y lo de entonces no pasaría de un tanteo o de un recuento.

Strauss y Ruiz, mientras, habían cacheado a los «cow-boys» y amontonado las armas frente al carromato. Cavender fumaba.

—Creo que nos quedaremos a cenar aquí — dijo en cierto momento—. Tú no esperabas tener invitados, ¿verdad, Tex?

Más tarde se alejó del grupo. Steele captó una expresiva mirada de Rusty, y de ella y de lo que el muchacho había dicho antes dedujo que éste había adivinado lo que significaba el insólito comportamiento de Brown. Empezó a adivinarlo él mismo cuando vio que Cavender, con su peso lento y bamboleante, se iba aproximando al lugar donde estaba trabado el palomino. Inmediatamente, para que Ruiz y Strauss no recelasen, dejó de mirar hacia allí.

Brown, en efecto, con los nervios de punta y el lazo desplegado entre las manos, llevaba mucho tiempo oculto detrás de un matorral, a la espera de que lo que él deseaba ocurriese. Su corazón se puso a latir con furia al observar que Cavender avanzaba en su dirección Si seguía avanzando, las cosas se darían incluso mejor de lo que había supuesto.

Y Cavender siguió avanzando.

El resplandor de la fogata apenas llegaba hasta él.

Se detuvo ante el caballo, y, con las manos a pocos centímetros de los revólveres, miró en torno. Se tranquilizó, aparentemente. Relajó la tensión de sus músculos.

Brown, entonces, enderezándose, le arrojó el lazo. Unos segundos

después le había derribado y arrastrado al precario abrigo de unas piedras. Ruiz y Straus no se habían dado cuenta de nada, como tampoco los *cow-boys.* Tomado de improviso, Cavender no había pedido socorro aún.

Con un salto salvaje, Jasper se precipitó sobre él. Cavender pataleaba y braceaba desesperadamente. Recibió un frenético puñetazo en el cuello, otro en la nariz, un puntapié en el vientre y un tercer golpe en el mentón. Brown le había pegado en posición forzada, pero el vigor de su cuerpo lo hizo todo. Cavender dejó de moverse. Un borbotón de sangre le salió por la nariz. Había perdido el conocimiento.

Los minutos siguientes los dedicó el muchacho a atarle las manos a la espalda y a conducirle al extremo del bosque, por donde circulaba el riachuelo. Luego se aplicó a volverle en sí, mojándole la cara y abofeteándole suavemente.

Cavender abrió los ojos y se encontró ante un negro y extraño revólver. Una voz apagada le dijo:

—Qué estúpido eres, «Rojo». Los hombres más débiles son precisamente quienes más confían en sus propias fuerzas. Levántate.

—«Relámpago» Brown...

—Me llamo Jasper Brown. ¡Levántate!

Cavender se puso trabajosamente en pie. Tema la cara descompuesta.

—¿Qué te propones?

El cañón del negro revólver hurgó en sus costillas.

—Vas a venir conmigo al borde de la espesura. —La voz del muchacho sonaba ahogada, pero cortante como un cuchillo—. Dirás a tus hombres que has descubierto que tú y yo somos antiguos amigos, les ordenarás que dejen el ganado en paz, que se marchen y no te esperen. Luego nos acompañarás hasta el fin del viaje. ¿Te enteras, «Rojo»? Hasta el fin. Y si se nos molesta una sola vez, te mataré sin titubear. He matado a otros, a muchos otros, ya lo sabes.

Cavender se estremeció.

—Brown, tú no puedes hacer eso.

Brown rió secamente.

—Lo estoy haciendo ya.

Empujó al cuatrero y le condujo a menor distancia del campamento, manteniéndolo al abrigo de la espesura.

—Vamos, avísales. Un «Holborn» se dispara con mucha facilidad...

Cavender sentía la presión del arma en sus riñones. Tragó saliva.

—¡Buck! —llamó—. ¡Ruiz!

Los dos bandidos se volvieron, poniéndose en guardia.

—¡Jefe!

El cuatrero habló con ligereza, con falsa alegría:

—¡Metimos la pata, muchachos! ¡Resulta que «Relámpago» y yo somos así como amigos de la infancia!

Strauss y el mejicano se miraron recelosamente.

—Jefe, ¿dónde estás? ¿Necesitas que...?

—¡No! No os preocupéis por mí, me quedaré con «Relámpago» algún tiempo. Apartad a los demás del ganado hasta que me reúna con vosotros.

Los dos bandidos no eran tontos. Comprendieron perfectamente que algo anormal ocurría, e incluso adivinaron la verdad, pero no podían hacer otra cosa que obedecer y resignarse. Titubearon. Ruiz pronunció una larga y complicada maldición. Iban ya a retirarse cuando la voz de Cavender los conminó:

—¡Largo, a casa todos, imbéciles! ¿Estáis sordos?

A regañadientes, el mejicano y Strauss fueron en busca de sus caballos y desaparecieron en la obscuridad. Los *cow-boys* se precipitaron inmediatamente sobre las armas amontonadas ante el fuego, las recogieron y esperaron a que Brown les diera instrucciones.

Mas Jasper no se presentó aún. Hubo un largo intervalo, durante el cual se oyó a Strauss y a Ruiz convocar a los hombres eh la pradera. El ganado se tranquilizó. Luego sonó el sordo redoble de una galopada que se perdió en la noche y el silencio.

Entonces salieron Brown y Cavender de la espesura.

—«Rojo» va a ser nuestro rehén — anunció el primero—. Viviremos tranquilos mientras le tengamos con nosotros, de modo que mucho ojo y cuidado con dejarle escapar.

—Has cazado a «Rojo» — murmuró uno de los *cow-boys,* estupefacto—. Condenación, Brown, ¡qué grande eres!

Tex Steele se adelantó, examinó el rostro ensangrentado del cuatrero, echó la cabeza atrás y soltó una larga e hiriente carcajada.

Esto fue todo.

Con Cavender siempre maniatado y vigilado día y noche, la manada prosiguió su camino. Nueve días después, en relativo buen estado, llegó a Abilene. Jasper Brown vendió el ganado a treinta dólares por cabeza.

CAPITULO VIII

El convoy se detuvo entre estruendosos resoplidos de la locomotora. Había cuatro desocupados tomando el sol en el andén, y uno de ellos, como de costumbre, era el «marshall» Barton pero, además, aquella tarde se encontraban en la estación un hombre y una mujer a quienes no se solía ver allí. El hombre era Wandy Lassiter. La mujer, alta, de generosas formas, rubia, lujosamente vestida y luciendo en el amplio escote un collar de perlas, se hallaba a su lado. Tendría alrededor de veinticinco años y su belleza llamativa, casi insultante, atraía las miradas de los cuatro holgazanes que esperaban la llegada del tren.

Este frenó al fin. Sonó una campana. Un hombre enjuto, joven, pálido, enfundado en una levita negra y tocado con sombrero de copa, saltó a tierra portador de una maleta de mediano tamaño. Miró en torno. Hizo una seña a Wandy Lassiter y a la mujer que le acompañaba, y se dirigió a ellos sonriendo. La mujer adelantó un paso para saludarle.

En aquel momento, sin embargo, Lassister soltó una exclamación. Más gente se apeaba del tren. Eran *cow-boys* zanquilargos y desgarbados, todavía con el polvo de la llanura en sus ropas. En medio de ellos, de pronto. surgió la extraña e inquietante figura de alguien a quien Lassister no tenía el menor deseo de ver: «Relámpago» Brown. Le precedía un hombre alto, de cabello rabiosamente rojo, que llevaba las manos atadas a la espalda y parecía muy cansado y muy triste.

Al distinguir a este último, el «marshall se enderezó, frunció el entrecejo y afianzó bajo su brazo el pulido «30-30».

—El equipo del «O Barra» —murmuró alguien a su lado—, ¡y traen a «Rojo» Cavender! ¡Buen Dios, se necesitan agallas para hacer una cosa así!

—Mirad la cara que pone Lassister —indicó otro.

La cara de Lassister, en efecto, traslucía una tempestad interior. Brown, al verle, había esbozado una mueca de feroz regocijo, y ahora empujaba a Cavender hacia él. El hombre de la levita negra se encontraba totalmente desplazado, porque también la mujer había trasladado al muchacho toda su atención, y le contemplaba con una expresión entre admirativa y burlona.

El ambiente estaba cargado de peligro. El «marshall», notándolo, cruzó el andén y se aproximó al pequeño grupo.

—Esta recepción es una verdadera sorpresa —dijo mordazmente Brown—, pero muy oportuna. Cavender, confuso, miraba al suelo—. Su amigo y colaborador ha sido nuestro huésped durante unos días,

y se ha comportado como un chico modelo, ¿no es verdad, «Rojo»? Tengo el honor, Lassister, de devolvérselo sano y salvo. Haga con él lo que quiera. No sirve para mucho.

Lassister estaba blanco como el papel. Barton, con el «30-30» a punto, le observaba de reojo. Por un momento pareció que el delegado iba a reaccionar violentamente. Luego se dominó.

—Me habla usted en enigmas, Brown —dijo.

—Oh, no es necesario guardar las apariencias.

Lassiter se pasó el dorso de la mano por los labios.

—Voy a tener que admitir que usted me insulta.

—Claro que le insulto —replicó Brown. Su tono era frío como el hielo—. Cochino hijo de perra, el tiro le ha salido por la culata. «Rojo» Cavender y todos los «Rojo» Cavender del mundo son poco para mí. Aquí tiene la prueba —dio un empellón al cuatrero que le hizo trastabillar—. El ganado del «O Barra» ha llegado sin novedad a Abilene, y ha sido vendido a precio de mercado. Todos los ganaderos de Cheewaska hubieran podido lograr lo mismo si no les faltaran riñones. Esto es un mal precedente para usted.

—Brown —advirtió Lassister con voz sibilante—, está usted jugando con fuego. Como vuelva a cruzarse en mi camino...

—¿Quiere saber lo que haré cuando vuelva a cruzarme en su camino?

Brown lo dijo sin ahorrarse una palabra. La palidez de Lassiter se trocó por el rojo, casi violáceo de la cólera.

—Basta —intervino abruptamente Barton.

—No se meta en esto, imbécil —jadeó el delegado de la Compañía.

—¡Digo que basta! Vuelva a su trabajo y ocúpese de sus asuntos, Brown. Usted, Lassiter, venga conmigo. Tengo que hablarle.

Barton se había interpuesto entre los dos hombres, abrumando al delegado con su corpulencia. Lassiter, capituló. Soltó un bufido y volvió la espalda a Brown. Echó a andar. El «marshall» le siguió. Cavender, atadas las manos y con paso inseguro, los siguió a los dos.

A un lado, el hombre de la levita y la mujer rubia habían sido testigos de la escena. El fingía indiferencia, pero la mujer no apartaba la mirada de las acusadas y duras facciones de Brown. Cuando éste quedó solo, ella le sonrió. El muchacho percibió algo raro, algo suave, insinuante y como íntimo, en su sonrisa.

En los vagones de cola del tren, los *cow-boys* estaban desembarcando sus caballos. Brown esquivó la mirada y la sonrisa de la mujer, y fue a reunirse con ellos. Volvió una vez la cabeza. La rubia y el hombre hablaban animadamente, pero ella, seguía observándole.

Ambos, al fin, se marcharon.

—Tengo ya ganas de volver a casa —dijo Steele, cuando todo el

equipo hubo montado y abandonado la estación—. Nunca creí que las cosas terminaran tan bien como han terminado. Brown, ¿un galope hasta el «O Barra»? ¡Menuda alegría va a tener Cora!

Brown sacudió lentamente la cabeza.

—Volved vosotros.

—¿Cómo?

—Gerry Lincoln, vuestro verdadero capataz, tendrá ya curada la pierna. Yo he cumplido mi misión. Aquí acabo.

Tex Steele tiró violentamente de las bridas, y obligó a su potro a detenerse.

—Eh, un momento. Eso no puede ser.

Con sombría calma, Brown sacó del bolsillo un pliego de documentos y los tendió a Steele.

—Aquí están los contratos de venta y el resguardo que el Banco entregó por el dinero. Dáselo a Cora y salúdala de mi parte.

—¡Mil diablos, Brown!

—Es inútil. Me voy a Sierra Brava y al desierto. Puede que nunca vuelva por aquí. He tenido verdadero placer en conoceros.

Steele contempló asombrado la mano abierta que se le ofrecía.

—Pero, ¿y tu sueldo? No me dirás...

—No lo hice por el sueldo. Adiós, Tex, de verdad.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Cora va a armar el gran cisco cuando no te vea volver —gruñó el veterano *cow-boy*—, y seré yo quien pague la fiesta. Pero si no hay modo de convencerte...

—No lo hay.

—Está bien, muchacho. Las hemos pasado buenas juntos. Ya sabes dónde dejas unos amigos.

Los vaqueros, uno a uno, se despidieron. Todos tuvieron para Brown sinceras frases de pesar. Al terminar, todavía Steele se resistía a alejarse.

—Brown —dijo.

—¿Qué?

—Brown, los años y la experiencia le hacen a uno conocer a la gente. Si quieres un consejo, vuelve al rancho. No te arrepentirás. Sé que encontrarás allí algo que necesitas... y sospecho que tú también lo sabes. Es más, sospecho que te vas precisamente porque lo sabes. Pues bien, uno no tiene derecho a traicionar su propio destino.

Como una alucinación, el muchacho vio mentalmente a Cora Strang tal como la conociera en la choza de los pastizales: envuelta en su manta listada, desnudos los hombros, chispeantes los azules ojos, increíblemente hermosa, viva, grácil, joven y alegre. Se mordió los labios.

—Sueñas, Tex —repuso secamente.

Hizo volver grupas al palomino, y partió al trote.

Pero no tomó el camino de Sierra Brava. No había dicho una palabra a los *cow-boys* y, sin embargo, no era el desierto su meta. Era la ciudad. Había llevado las cosas a un punto tal que le resultaba imposible marcharse sin que su marcha apareciese a ojos de todos como un acto de cobardía. Dentro de sí albergaba la convicción de que algo iba a ocurrir, porque era necesario que ocurriese. «Rojo» Cavender no se tragaría la tremenda humillación a que le había sometido. Tampoco Lassiter y, en última instancia, tampoco Nick Reedy. No era de hombres encender la mecha y huir en el momento de la explosión. El nunca escrito código del honor que regía la vida en el Oeste le decía a Brown que debía quedarse y dar la cara.

Se quedó. Entró en Cheewaska, y cabalgó directamente hacia el «Nancy's Den». Desmontó y ató el potro a la baranda. Sus espuelas tintinearon siniestramente en el soportal. Empujó las medias puertas.

En el local no había nadie, salvo el *barman.*

—Cerveza.

El *barman* le tenía miedo. Brown sonrió.

Llevaba diez minutos esperando, en silencio, alerta, sin que nadie hubiera turbado su soledad, cuando Barton entró y se le aproximó con lentos y pesados pasos. Brown no se volvió. Le vio reflejado en el espejo del fondo del bar, a través del cual vigilaba la puerta.

—Brown.

El muchacho tenía su vaso de cerveza en la mano.

—Brown, si no se va usted de la ciudad ahora mismo, puede que se compliquen las cosas. En caso de que se produzca un linchamiento, yo no me consideraré responsable.

—¿Por un linchamiento?

La respuesta del «marshall» se demoró.

—Hace alrededor de una semana que Epifanio Ruiz y Buck Strauss están aquí, esperando el regreso de Cavender. Sé lo que le hizo usted a «Rojo». No quedará impune. Va a haber sangre.

—He venido para que la haya —replicó Brown secamente—. Pero, ¿por qué un linchamiento?

—Cavender, Ruiz y Strauss le matarán. Si no le matan, si es usted lo bastante listo para deshacerse de ellos... determinados elementos de la localidad se echarán a la calle... y usted...

—¿Se echarán a la calle dirigidos por Lassiter?

—No he dicho eso.

—Pero lo ha dado a entender, Lassiter dispone de dinero, influencia y hombres abundantes... Bien, gracias por el aviso, Barton.

El «marshall» tamborileó con los dedos sobre el mostrador.

—No es exactamente un aviso. Cavender le espera ahí fuera, en la calle. Dice que salga si es usted hombre.

—¿Cavender solo?

—No lo sé.

Brown rió sin alegría.

—Nunca hubiera supuesto que entrase en las funciones de un alguacil servir de recadero a un ladrón de ganado. Váyase al cuerno, Barton.

Barton no se movió.

—Muchacho, yo no le tengo mala ley. No le gustará que le achicharren.

—Gracias —repuso Brown burlonamente—. ¿Quiere beber algo?

El alguacil denegó con la cabeza.

—No debió usted hacer lo que hizo en la estación —prosiguió—. Era jugar con fuego, era peor que pisarle un callo a Lassiter; era desafiarle, era humillarle, y más todavía delante de Nancy. Si revienta por esto, usted se lo ha buscado.

—¿Quién es Nancy? —preguntó el muchacho, enarcando las cejas. Se acordaba perfectamente de la mujer de la estación y de la fogosa curiosidad que traslucía su mirada—. ¿La rubia?

—Una rubia que apareció cierto día en Cheewaska, contratada para cantar y contornearse en el «Funny Times». Era distinta a las otras. Tan distinta, que Lassiter le compró esto —el alguacil englobó el local en un amplio ademán— cuando la convirtió en su amante.

Brown silbó.

—«Nancy's Den», ahora comprendo. De modo que es la amante de Lassiter. ¿Y el hombre que llegó en el tren?

—Su hermano.

—¿Hermano de Lassiter?

—De ella. Viene a trabajar los naipes una temporada. Está malo de salud.

—Un fullero.

—Quizá.

El muchacho sonreía.

—Cheewaska se va pareciendo cada día más a un lodazal. Me alegra marcharme.

Barton le miró de soslayo.

—¿Se marcha?

—En cuanto termine con «Rojo» Cavender.

—Sáquese esa idea de la cabeza. Detrás de «Rojo» están Ruiz y Strauss, y luego todavía esperan turno Nick
Reedy, Lassiter y varios más, quién sabe si yo mismo. Cheewaska, «Relámpago» Brown, será su tumba.

—Empiezo a creer que ha entrado aquí únicamente para decirme eso.

—Sí.

Brown se sacó unas monedas del bolsillo, y las arrojó sobre el mostrador para pagar su cerveza. Hinchó el pecho, se palpó el cinto y comprobó que los «Holborn» salían de la funda con facilidad. Se volvió hacia la puerta. Su sonrisa se esfumó.

Sabía perfectamente lo que le esperaba en la calle.

—¿Me desea suerte? —preguntó a Barton.

Y el alguacil contestó:

—No.

CAPITULO IX

Un hombre que no siente miedo no es un valiente sino un inconsciente, un insensible, un primitivo o un estúpido. Valiente es quien, lo bastante lúcido para conocer y medir el peligro, siente miedo y lo domina a fuerza de voluntad o pura hombría.

Jasper Brown experimentó una agobiante sensación de vacío interno cuando impulsó las puertas batientes de «Nancy's Den» y se lanzó a la calle, pero apretó los dientes y conservó la serenidad. Ocho veces, antes de pasar por Negramosa, se había encontrado en situación parecida, y las ocho salió con bien. Tenía confianza en sí mismo.

Atardecía. Brown se dio cuenta inmediata de que toda 66 — la ciudad debía de haberse enterado de que «Rojo» Cavender pretendía vengar la burla vergonzosa de que fue objeto: la calle estaba desierta de un extremo a otro, los caballos habían sido retirados del soportal, no se oía un rumor y el silencio pesaba como una cosa sólida. El cielo teñido de color naranja prestaba al doble arco de toscos edificios un cariz siniestro.

Brown había supuesto de antemano que aquello iba a ocurrir. Casi lo deseó. Llevaba mucho veneno acumulado en el alma, y requería una válvula de escape. El ladrido mortal de sus «Holborn» se la procuraría. Sólo que aquel veneno no se acumuló en Negramosa ni era fruto de su vida anterior. De habérsele preguntado de dónde procedía, el muchacho no hubiera sabido qué contestar, quizá por no desnudar la verdad ante sus propios ojos. Pero a causa de ello se había quedado en Cheewaska. Necesitaba pelear. También, a su modo, lo necesitaba «Rojo» Cavender, y dos hombres que siguen el mismo camino en dirección contraria se encuentran tarde o temprano.

Jasper Brown descendió al centro de la calzada. No llovió durante los últimos días y el fango era menos abundante, pero incluso así se le pegaban al suelo las Nacoma de altos tacones. Su figura gallarda, ágil, recogida y en tensión, era el centro de un mundo solitario. Su rostro parecía una máscara. Sus ojos irradiaban el fuego de una extraña avidez. Caminaba lentamente, con holgura, las manos a cinco centímetros de las cachas de sus negros revólveres.

No se veía a nadie.

Luego sí.

Primeramente, la corpulenta humanidad de Barton asomó a la puerta de «Nancy's Den», y él fue el único espectador de lo que ocurrió acto seguido; después, inmóvil en mitad de la calle, a un centenar largo de metros por delante de Brown, una silueta alta y

flaca se dibujó contra el color encendido del cielo.

Era «Rojo» Cavender. Solo.

¿Solo? ¿Tenía un hombre como él la audacia de afrontar la terrible reputación de «Relámpago» Brown?

El muchacho no se dejó engañar y multiplicó sus precauciones. No alteró el ritmo de su marcha, pero al tiempo que vigilaba a Cavender para adelantarse a su intención de hacer fuego, escrutaba la penumbra de los soportales en busca de la trampa que adivinaba dispuesta.

El cuatrero le dejaba acercarse sin mover un dedo, sin dar un paso.

El aire quieto de la calle parecía cargado de amenazas. Era la muerte, invisible, quien acortaba paulatinamente la distancia entre los dos hombres. Con morbosa cautela, puertas y ventanas se estaban entreabriendo.

De pronto, lo que Brown esperaba ocurrió: a su derecha, detrás del pintarrajeado frontis del tejado de un *saloon,* hubo un movimiento brusco.

Con la rabiosa celeridad de un animal salvaje, el muchacho se arrojó en plancha hacia la acera. En el mismo instante sonó el agudo «plung» de un rifle, y la bala alzó una columnita de fango. El tiro se repitió casi simultáneamente, y la nueva bala se hundió en la madera del soportal.

Mientras rodaba en busca de protección, Brown se dijo que tenía que habérselas con un tirador extraordinario. Recordando el arma corta y maciza que Epifanio Ruiz sostenía bajo el brazo en su campamento de la pradera, supuso que se trataría de él.

Desde el soportal miró hacia Cavender. El cuatrero retrocedía a la carrera. Brown, ya con un «Holborn» en cada mano comenzó a disparar, y el zanquilargo bandido se refugió detrás de unos toneles.

Otra arma, un revólver, se sumó al concierto. Brown no pudo localizar su situación de momento, hasta descubrir que se hallaba calle arriba y en su misma acera. Las balas le pillaban al descubierto, de flanco.

Pero a quien temía más era al hombre del rifle. Aplastándose contra el suelo, el muchacho apuntó al remate del tejado del *saloon,* y esperó pacientemente. El tirador dejó ver una parte imprecisa de su cuerpo. Brown disparó muy de prisa, aunque no lo suficiente: Ruiz, si era él, se retiró, y su bala raspó la bota de Brown con un susurro sibilante.

Cavender, desde los barriles, había abierto también el fuego. El muchacho desafió la lluvia de plomo sin moverse por temor al rifle, esperando una nueva oportunidad. Para otro hombre, la oportunidad no se hubiera presentado nunca; para «Relámpago» Brown, sí; cuando Ruiz apareció de nuevo, que fue apenas una fracción de

segundo, uno de los «Holborn» ladró. Ocurrió tan velozmente que el mejicano no tuvo siquiera ocasión de disparar. Se Je vio distenderse como el muñeco de una caja de sorpresas, dar un fantástico salto, soltar el rifle, ponerse en pie junto al frontis y, bruscamente, caer de cabeza a la calle. Su cuerpo hundió el soportal e hizo un gran ruido. En el silencio que, por contraste, siguió, se oyó a Cavender pronunciar una violencia blasfemia.

Libre de la mayor amenaza, Brown se levantó y echó a correr como loco calle arriba. Volvió a tenderse cuando sus dos enemigos reaccionaron y reemprendieron el tiroteo, pero su posición había mejorado mucho, y sobre todo, vislumbraba al hombre que había estado hostigándole desde la misma acera donde él se encontraba. Era Buck Strauss, y hacía alarde de una puntería excelente.

El muchacho se arrastró al amparo de la rueda de un carromato, descendiendo de la acera al lodo. La situación se había equilibrado, porque ni los tiros de Strauss ni los de Cavender podían alcanzarle ni él podía alcanzarlos a ellos, pero de ningún modo se resignaba a seguir así.

A quien tenía más cerca era a Strauss. Le tomó como objetivo. Recargó uno de sus revólveres. La eliminación de Epifanio Ruiz le había llenado de euforia, fortaleciendo su confianza. Hacía tres años que no sentía la rada emoción de apretar el gatillo y ver desplomarse a un hombre. Sentirla de nuevo le había producido una especie de borrachera, pero, a la vez, un indefinible malestar.

Strauss ya no disparaba, como esperándole. Brown calculó la desenfilada de de los tiros de Cavender, para no encontrarse entre dos fuegos, y repentinamente se levantó. Iba cubierto de fango de pies a cabeza. Dio un salto. Strauss apareció ante él.

Fue un instante dramático. Las armas de ambos hombres rugieron al unísono y por dos veces. Brown noto un golpetazo sordo en alguna parte de su cuerpo, pero la idea de estar herido no le asustó. Disparó por tercera vez, mientras Strauss se encogía para eludirle. El gigantón se revolcó, cayendo de la acera al fango. Una cuarta bala de Brown le cazó allí. Emitió un ronquido. Se quedó envarado, con el espinazo arqueado, moviendo convulsivamente manos y pies.

«Relámpago» Brown había matado ya a diez hombres.

Cavender estaba ahora solo. El muchacho sintió que una ola de furor homicida se alzaba, caía sobre él y le anegaba, asfixiándole. Ya no fue dueño de sus actos. Echó a correr por el soportal, intentando rodear los toneles para sacar al descubierto al cuatrero, y no le importó que éste rociara su carrera de balas. Brown sabía muy bien lo que pasaba cuando los malignos insectos de plomo empezaban a volar: sólo la. aniquilación, sólo el silencio eterno los detenían.

Luego vio a Cavender, y el pelirrojo le vio a él. El parapeto de los

toneles había perdido su eficacia. Los dos hombres se lanzaron a la calzada, uno contra otro, cegados por el ardor de la pólvora y la sed de matar, como dos fieras entregadas al puro instinto.

Los «Holborn» del muchacho dispararon en rápida sucesión. Hubo tiempo todavía de que recibiera otro impacto en su carne insensible. Después, Cavender se dobló. Estuvo unos segundos así, encogido, agazapado, abrazándose el abdomen, y durante ellos Brown fue acribillándole hasta que los percutores de sus dos revólveres golpearon en falso. Cavender, a continuación, hecho un ovillo, se acostó en el lodo. Murió sin moverse más.

La aniquilación y el silencio se habían consumado. El muchacho experimentó una alucinante sensación de horror.

Tardó algún tiempo en recobrarse de ella. Cuando lo hizo, de todas partes estaba saliendo gente a la calle. Brown recordó la advertencia del alguacil: si conseguía librarse de Cavender, Strauss y Ruiz, Lassiter no le dejaría en paz. Llegaría, si era necesario, a organizar contra él un linchamiento.

Sin esperar a ver qué cariz tomaban las cosas, se dispuso a retroceder a «Nancy's Den», donde dejó su caballo. Al dar el primer paso le acometió tina inesperada debilidad. Estaba herido. Calmada la tensión nerviosa, esto cobraba toda su importancia. No sabía en qué parte ni cuántas veces, pero estaba herido.

Retrocedió trabajosamente. Apenas se tenía en pie cuando llegó frente al local. Barton ya no estaba allí; no había nadie. Desató el palomino. Y al tratar de montar cayó de bruces en el fango.

La primera noción que tuvo de la realidad fueron un suave perfume y un paño húmedo que le acariciaba la cara. Sobre una mesa ardía un quinqué. Por la ventana se veía que era negra noche.

En la ventana había una cortina de blonda. Brown, asombrado, con el cerebro todavía torpe, dejó vagar la mirada por la habitación. Estaba decorada lujosamente y él se hallaba en una cama mullida, desnudo bajo la fina sábana. A su lado se encontraba una mujer.

Era Nancy, la rubia de la estación.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el muchacho. Casi no reconoció su propia voz—. ¿Dónde estoy?

La rubia sonreía dulcemente.

—No temas. Excepto el médico que te ha atendido, nadie sabe que te escondes aquí.

—¿Es tu casa?

—Sí.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Y Lassiter? ¿Usted y él no...?

—Cállate. —La mujer apoyó una suave mano en su boca—. Tampoco Lassiter sabe esto, ni lo sabrá. Te he visto... te he visto pelear contra esos hombres... Oh, bien cierto es que no te he

recogido por compasión. Hay algo en ti que parece llamarme.

Brown la miró a los ojos. Estaba desconcertado.

—Me han herido, ¿no?

—El médico te ha extraído una bala, y otra te ha atravesado el brazo, aparte unas rozaduras. No es grave. Ya no sangras.

—¿Qué hora es?

—Las ocho. ¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo? ¿Beber algo? Pídelo...

Brown seguía mirándola. Estaba muy cerca de él, inclinada. Era una mujer que imponía su femineidad, muy hermosa, muy incitante. Los ojos del muchacho bajaron al escote de su rico vestido y se quedaron allí.

—¿Por qué haces esto? —insistió.

Nancy se inclinó más todavía, hasta posar en su boca los carnosos labios. El beso, lento y estudiado, hizo que un estremecimiento recorriera al muchacho de cabeza a pies.

—¿Vale la respuesta? —susurró ella, junto a su oído.

CAPITULO X

Hasta la habitación llegaban distintamente la música, las risas, las voces y el rumor de vasos de «Nancy's Den». Brown había dormido, y al despertar no supo por cuánto tiempo. Estaba solo. Se sentía descansado, fresco y tranquilo, aunque un ligero dolor le atenazaba el costado, donde tuvo alojada la bala, y únicamente con dificultad movía el brazo izquierdo.

Permaneció largo rato inmóvil, pensando en el extraño destino que le había arrojado en el regazo de Nancy, sustrayéndole a la venganza de Lassiter. Trató de imaginar la furia impotente de éste y, de pronto, al recordar los tres hombres muertos aquella tarde, una nube de angustia veló su mirada. El propio Lassiter se lo había anunciado: «El sello de la muerte sólo con la muerte se borra, Brown, y usted lo lleva encima como lleva sus revólveres». Brown le maldijo por aquellas palabras, pero fue porque eran la pura verdad. Lo presentía. Su vida estaba marcada por un signo fatal: el de sembrar la muerte y el daño en torno. Matar a Cavender, a Ruiz y a Strauss no era más que el principio.

Brown se estremeció. Había querido romper con todo aquello al salir de Negramosa, y fracasó. Ahora le parecía un pecado gozar de la paz, de la frescura y del reposo de una buena cama sin tener a ello derecho. Por una mujer, ¡qué sarcasmo! Cerrando los ojos, la vio. Pero no era Nancy. Era mucho más joven que Nancy.
de chispeantes ojos azules y rizado cabello; frágil, pequeña y deliciosa...

Murmurando una maldición, el muchacho se incorporó en la cama. En una silla, a los pies, se encontraban sus ropas. De una mirada observó que estaban limpias de barro, planchadas y dobladas cuidadosamente. Del respaldo de la silla pendían su cinco y sus «Holborn».

Se levantó y le sorprendió sentirse tan fuerte. Iba desnudo, con el pecho y el brazo vendados. Fue a su camisa, sacó la bolsa de tabaco y el papel de fumar del bolsillo donde solía guardarlos, lió un cigarrillo y regresó al lecho. La música y la alegría del *saloon* le llegaban, si cabe, con mayor intensidad.

Brown aspiraba el humo golosamente cuando percibió un nuevo rumor: voces de hombre, un murmullo apagado. Ascendían a través de la ventana. Volvió a levantarse sigilosamente y se ocultó detrás de la cortina de blonda, cuidando de que el quinqué no proyectara su silueta.

La habitación debía encontrarse en el piso alto y en la parte trasera del edificio, de modo que la ventana se abría a un pasadizo o

callejón. Brown no se atrevió a asomarse. La noche era muy negra, porque el cielo se había encapotado, y no vio nada. Por sus voces, empero, estableció que los hombres que hablaban eran dos. No le gustó su tono, que era lo que le había hecho lavantarse, aunque las palabras no se distinguían.

Al fin, uno dijo claramente:

—Vamos allá de una vez. Le han cortado las uñas y, encima, estará dormido como un tronco.

El otro respondió:

—Si no lo está...

Sus propios pasos ahogaron el resto de la frase.

Brown, acuciado por un confuso presentimiento, se apartó de la ventana y corrió a coger sus revólveres. Los inspeccionó. Los cilindros estaban vacíos. Tomó el cinto-canana. No había un solo cartucho en los pasadores. Efectivamente, «le habían cortado las uñas». La frase podía aplicarse perfectamente a él.

Entre sorprendido y furioso, se apresuró a vestirse. Apenas había terminado y ya estaban sonando cautelosas pisadas en el corredor. No tenía tiempo ni de defenderse.

Asió uno de los revólveres por el cañón y se situó junto a la puerta. Esta se abrió poco a poco. La cama no era visible si no se abría por completo. Brown esperó, con la respiración contenida.

Entró un hombre.

El revólver de Brown se abatió salvajemente sobre su cráneo, y el hombre rodó por tierra. Fuera, en el pasillo, sonó una bronca exclamación.

A la exclamación siguió un tiro. Brown saltó al hueco de la puerta. Empuñaba un arma que no era suya, y el hombre del pasillo esperaba su aparición, pero esto casi no alteró la celeridad de sus reflejos. Disparó con la velocidad que le había hecho famoso tres años antes, como sólo «Relámpago» Brown podía disparar. Su enemigo recibió una bala en el vientre, otra en el cuello y una última entre los ojos. Murió de pie.

Brown le arrastró al interior de la habitación y cerró la puerta. Su primer acto fue averiguar si alguno de los dos hombres usaba municiones adecuadas al calibre de los «Holborn». Comprobó que sí, por lo que se refería al que estaba sin conocimiento, e inmediatamente cargó los revólveres y repuso la provisión de su cinto-canana.

Luego se quedó mirando al muerto, pensativo. Su cara no le era desconocida. Recordó haberla visto en «Nancy's Den» la tarde de su llegada a Cheewaska, entre el grupo de pistoleros y *cow-boys* que se encontraban en el bar. Su compañero era un individuo de la misma calaña, con la cara picada de viruelas y un cuidado bigote. Brown se

preguntó de qué modo habían descubierto su paradero, si era éste tan secreto como Nancy afirmaba. Fuera como fuese, de sus intenciones no cabía la menor duda: iban a matarle, confiando en hallarle desarmado y desprevenido. Lassiter, con ellos, entraba directamente en acción.

Brown entreabrió la puerta y esperó, por si los disparos atraían a alguien. Nadie acudió. O bien las voces y la música del *saloon* habían ahogado el ruido, o bien la gente no hizo de él el menor caso.

Mientras permanecía asomado, el pistolero que seguía vivo empezó a gemir. El muchacho cerró de nuevo la puerta, fue en busca de un jarro de agua a la mesilla que había junto al lecho y le salpicó la cara al hombre. Le abofeteó suavemente, Pensó que debía de tener la cabeza muy dura cuando se reponía tan pronto, y, por fin, le vació todo el jarro encima.

El hombre abrió los ojos. Estuvo unos segundos aturdido y, al aclarársele la vista y distinguir al muchacho, se asustó.

Brown engarfió una mano en su hombro.

—Has tenido suerte —gruñó—. ¿Cómo te llamas?

El pistolero le respondió una obscenidad. Brown le golpeó con el canto de la mano en un pómulo, y le derribó de espaldas.

—¿Cómo te llamas?

—Grant.

—Así está bien. Levántate.

El hombre miró en torno, evidentemente buscando un arma. No había ninguna a su alcance. Brown, en cambio, hacía girar en torno a su índice uno de los negros y amenazadores «Holborn».

Resignado, el pistolero se puso trabajosamente en pie.

—Fíjate en tu camarada —le indicó el muchacho. Grant trasladó su mirada al cadáver, y el rostro se le nubló—. No me costaría nada hacerte seguir el mismo camino. Hoy he matado ya a cuatro hombres. Empiezo a encontrarle gusto a la cosa, entérate bien.

Grant repuso roncamente:

—Te ahorcarán por esto, «Relámpago» Brown.

Jasper Brown lanzó una seca carcajada.

—Siéntate —ordenó. Empujó al pistolero a una silla, y le obligó a obedecer—. Vas a cantar como un ruiseñor, amigo. ¿Quién os ha enviado contra mí? ¿Ha sido Lassiter?

Grant no respondió. Recibió una tremenda bofetada.

—Cerdo —jadeó—, te juro...

Brown empuñó firmemente el «Holborn».

—Contesta.

Aplicó el cañón del arma a la cara de Grant y, con un movimiento brusco, le raspó la mejilla con el punto de mira. Un desgarrón sangriento le brotó al hombre, desde la oreja a la comisura de los

labios. Blasfemó. Brown le pegó en la boca con la culata.

—¿Quién os ha enviado?

Grant se obstinó en callar. Encogiéndose de hombros, el muchacho se registró los bolsillos de la camisa y sacó un lápiz. Fue a la cómoda que había más allá de la ventana y, sin quitar ojo al pistolero, registró los cajones en busca de un trozo de papel. Encontró algo mejor: un mazo de cuartillas, pluma y un tintero. Se pasó el «Holborn» a la mano izquierda, apoyado en la cómoda, se puso a escribir. Grant le miraba obsesivamente, esperando que se descuidara. Esperó en vano.

Lo que Brown escribió fue muy breve:

> «Declaro libremente, bajo juramento y con todos los efectos legales, que Wandy Lassiter, delegado de la Compañía Ganadera del Sudoeste en Cheewaska, me ha ordenado matar a Jasper Brown aprovechando que éste estaba dormido. Si he fracasado no ha sido por causa de mi voluntad ni de la de Lassiter.»

—Firma aquí.

Grant tenía todo un lado de su cara, picada de viruelas, manchado de sangre, pero no se doblegó. Hizo una mueca al leer lo que Jasper le ponía delante.

—No lo sueñes.

Casi no pudo acabar la frase: el revólver de Jasper se abatió sobre su nariz, y luego sobre su boca, partiéndole el labio. Grant aulló de dolor. Como si aquel signo de debilidad le enardeciera, el muchacho redobló su ataque. Sabía perfectamente dónde y cómo debía pegarle, restregar, hurgar, hendir, para causar más daño. Cuando el pistolero, enloquecido, intentó levantarse y acometerle, de un rodillazo al bajo vientre le volvió a la silla. Grant rompió a llorar. Su llanto no aminoró la salvaje crueldad con que Jasper le trataba.

Cinco minutos después estaba firmada la declaración.

Sonriendo ceñudamente, el muchacho sopló el papel para secar la tinta, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo. Se sentía profundamente satisfecho. Ahora disponía contra Lassiter de un arma muy peligrosa que, esgrimida ante la Justicia en condiciones de equidad, causaría un daño incalculable. Lassiter, acusado de asesinato, era ya un cero a la izquierda.

Grant se había quedado quieto, con toda la cara tumefacta y llena de sangre. Contemplándole, Jasper se dijo que iba siendo momento de salir de allí y llevarlo consigo para utilizarlo como testigo en el momento oportuno. Se palpó el pecho y el brazo. Las heridas se le habían abierto y le dolían, pero no tenía otro remedio que aguantarse.

De pronto, una ahogada exclamación sonó a su espalda. Se volvió,

alzando el «Holborn». La puerta se había abierto. Nancy estaba en el umbral, mirando con ojos desorbitados de horror, alternativamente, a Grant y al hombre muerto casi a sus pies.

Brown saltó hacia ella, la hizo entrar y cerró.

—¿Qué... ha ocurrido?

—Eso es lo que me gustaría saber —la voz del muchacho tenía un timbre metálico—. Estos hombres conocían mi escondrijo. Es más, esperaban encontrarme dormido y desarmado. Alguien, en efecto, ha descargado mis revólveres y vaciado mi canana. Quiero que me digas quién.

—¿Yo?

Brown mantenía a la mujer ante sí, asiendo firmemente su brazo desnudo. Ella le miraba a los ojos. Llevaba un vestido escarlata que moldeaba su busto como una segunda piel. De su mórbido cuerpo y de su tez rosada, emanaba un inquietante perfume.

—No logro entenderte —dijo Jasper. Su tono se había dulcificado sin darse cuenta—. No creo una palabra de tu pasión por mí y de los motivos que te han inducido a ayudarme. Esas cosas nunca suceden. Hablemos claro de una vez.

Nancy no se inmutó.

—Haz de mí lo que quieras —repuso.

Brown murmuró una maldición. A despecho de sí mismo, la proximidad de la mujer, su contacto, su perfume, su clara mirada, se le hacían irresistibles. Ella, súbitamente, se abandonó. Brown la encontró apoyada en su pecho, sintió que sus brazos le ceñían la cintura y que su cabello le acariciaba el rostro.

En aquel mismo instante sonó un rumor como de pataleo. El muchacho, con feroz impulso, se desprendió. Grant había abandonado la silla, saltando por detrás de la cama y precipitándose sobre el cadáver de su compañero. Se enderezaba ya, con uno de los revólveres del muerto en la mano.

Disparó, pero su bala pasó por el lugar que Jasper había abandonado una fracción de segundo antes. Nancy lanzó un chillido. Jasper hizo ladrar al «Holborn». Alcanzada a tan corta distancia por la pesada bala, la cara de Grant semejó romperse como si le estallara un petardo dentro de la boca. Salpicó sangre en torno. El hombre cayó hacia adelante, pegó contra la cama y se precipitó al suelo.

Nancy se había tapado los ojos y sollozaba convulsivamente. Enfundando el revólver, Brown se dirigió a ella.

—Me voy de aquí —anunció.

—¡No!

—¡Basta ya! No necesito regalos de nadie, y menos si llevan veneno dentro. Tú sabes muy bien cómo y por qué han aparecido aquí estos dos forajidos; tú sabes por qué y quién me desarmó... No

estoy ciego, paloma. Moriría antes de amanecer, si me quedo...

—Querido...

—Guarda las palabritas dulces para otros más tontos. Adiós, recuerdos a Lassiter.

Ella le retuvo desesperadamente.

—¡Espera! ¡No puedes irte! ¡Revuelven toda la ciudad en tu busca! ¡Te acribillarán!

—¿Por qué, si saben de sobra dónde me escondo?

—¡No lo saben! ¡Por Dios, no pierdas el sentido! Querido, escúchame —la mujer le apoyó las manos en los hombros—: Es preciso que confíes en mí. Vete si quieres irte; no te detendré a la fuerza. Pero necesitas, por lo menos, un caballo. Trataré de conseguir el tuyo, y equipo, y dinero... Dame media hora. Si dentro de media hora no he venido por ti, haz lo que prefieras. Te juro que solamente pretendo ayudarte. Hay en ti...

—Sí, algo que te atrae —la interrumpió Brown cansadamente. La camisa se le estaba manchando de sangre. El dolor le atenazaba todos los músculos del torso. Por un instante temió perder el conocimiento—. Me lo has dicho sin pelos en la lengua. También el gamo tiene algo que atrae al cazador. Será lo mismo.

Nancy negó con la cabeza. No pronunció una palabra más. Sabía valerse de otro lenguaje.

Un momento después la tenía Brown entre sus brazos y se entregaba al insensato placer de sus besos, gustándolos como gusta el pez el cebo que oculta en su seno la muerte.

CAPITULO XI

Nancy cruzó a paso vivo la sala principal, donde sonaba la música y unas pocas parejas bailaban, en tanto otras bebían y reían en las mesas y en el bar. La animación era grande. Los ganaderos habían vendido sus hatos ruinosamente a Lassiter, pero había dinero fresco para los *cow-boy,* éstos no vacilaban en gastarlo.

Rechazando airada las manos que se tendían hacia ella, la mujer se dirigió a una puerta protegida por una cortina sobre la que unas letras doradas rezaban: «Silencio».

Al otro lado estaba la sala de juego. Vestido con su impecable levita negra y luciendo un chaleco floreado, el hombre que llegó aquella tarde en el tren de las tres se encontraba sentado a una mesa de «monte».

Nancy le tocó un hombro.

—Ned.

El alzó la vista.

—¿Qué quieres?

—Deja eso. Haz que Duncan te sustituya. Necesito hablarte.

Al hombre no le gustó la orden, pero algo que leyó en los ojos de su hermana le impulsó a obedecer. Se levantó y fue en busca de Duncan, un sujeto de cabello gris y expresión adormilada que, en otra mesa, jugaba un solitario.

Nancy le esperaba al fondo de la sala, manoseando nerviosamente los pliegues de su lujoso vestido.

—¿Y bien?

—Tengo que salir, Ned. Sube y apóstate en el pasillo, sin dar la luz. Espera allí. ¿Vas armado?

Ned sacó del bolsillo del chaleco un «Derringer» y lo hizo saltar en la palma de la mano.

—¿Qué demonios pasa?

—Si ves que Brown intenta salir, pégale un tiro; pero cuida de acertarle al primero, porque no tendrás ocasión de disparar más...

—¡Nancy!

—¡Qué cuerno, trágate el miedo! —exclamó la mujer, abruptamente —. Ese hombre es una fiera enloquecida por el instinto de matar. Sin tener consigo un solo cartucho, se ha deshecho de Grant y de Koska, que habían subido a... verle... Parece imposible, Ned, pero lo ha hecho. A Grant le ha achicharrado ante mis propios ojos.

Ned se volvió blanco y luego verde.

—¿Y a ese individuo tengo yo que...?

—Es fácil. Lo único que necesito es que no escape, ¿entiendes? Tú estarás escondido en el corredor, a oscuras, Si sale, tiras. De prisa, en cuanto asome.

—Pero...
—No habrás de pasar allí mucho tiempo, descuida. Volveré pronto. Y es posible que no salga, además: le he convencido de que debe quedarse.
Ned entornó los párpados.
—A pesar de todo, haré testamento antes de subir.
La broma le sentó a Nancy como un puntapié.
—¡Vete arriba de una vez, borrico! ¡Vivo, antes de que sea inútil!
—Está bien —gruñó Ned.
Dio media vuelta y salió de la sala.
Nancy pasó por su oficina, recogió un chal, que se echó sobre los hombros, y abandonó el local. Anduvo taconeando por la acera, llena de desocupados, de *cow-boys* borrachos y de figuras ambiguas que se disimulaban en la sombra, hasta la gran escalera del «Cheewaska Palace». Subió y preguntó por Lassiter en el vestíbulo del hotel. Le esperó en la pieza contigua, que estaba desierta, paseando ansiosamente de un extremo al otro de una hilera de tiestos con plantas de enormes hojas.
Lassiter apareció seguido de Nick Reedy. El ancho rasguño que en cada mejilla le dejó al pistolero el «Holborn» de Brown a raíz de su encuentro en el «O Barra», había ya cicatrizado, pero su doble señal era todavía visible.
El delegado parecía muy contento.
—¡Muñeca! —exclamó—. ¡Si ahora iba yo a verte!
Nancy rechazó hoscamente su abrazo.
—Has metido la pata, Wandy. Algo falló.
La euforia de Lassiter se enfrió varios grados.
—¿Cómo?
—Koska y Grant. «Relámpago» los ha dejado secos.
—¿Pero no dijiste...?
—Dije que no le había quedado un solo cartucho, y es verdad. Se valió de las armas de ellos.
—¡De las armas de ellos! —estalló Lassiter, furioso. —¡Qué par de imbéciles, qué par de...!
Nancy escuchó impertérrita todo lo que el delegado tenía que decir acerca de Grant y de Koska. Luego le atajó:
—Berrear no conduce a nada, Wandy. Hay que remediar esto. «Relámpago» sigue todavía allí, con los dos revólveres, pero no se me ocurre otro medio de despecharle, si te empeñas en ello, que rociar la habitación con petróleo y prenderla fuego, o volarla con dinamita. Es bobada que envíes a otros contra él. Ahora está armado y en guardia. No hay nadie en la ciudad —Nancy miró intencionadamente a Nick Reedy— capaz de ponerse a su altura.
Lassiter captó la mirada.

—Deja a Nick en paz. El tiene otro trabajo entre manos.

—Si es preciso... —empezó entre dientes el pistolero.

Lassiter se volvió a él.

—No, tú te vas. Ahora mismo. Reúne a los muchachos y procúrate todos los refuerzos que encuentres. Ya sabes: como si hubiera pasado por allí un ciclón. No quiero que quede un edificio en pie, nada más que cenizas. El ganado, acribillado. Si encontráis resistencia, a muerte, sin compasión. Necesito que el ejemplo se escriba con sangre en la historia de Cheewaska.

—Wandy —susurró Nancy, que le había escuchado con la boca abierta—, ¿de qué hablas?

—Del «O Barra». Su equipo ha conseguido llevar el ganado a Abilene y venderlo, y los ganaderos empiezan a encandilarse con la perspectiva. Muy bien, yo les demostraré lo que cuesta burlarse de mí.

—Estás loco. Si haces eso, lo plagarás.

—La Compañía me respalda.

—La Compañía no irá tan lejos, Wandy.

—¡Cierra el pico! —Lassiter temblaba de excitación. —Por culpa del «O Barra» y sus cochinos temeros, está «Relámpago» Brown envenenando el aire de esta ciudad, y han muerto «Rojo», Epifanio, Buck, Koska y Grant. ¿Te parece poco? ¿Qué dices? ¡Oh, condenación, voy a hacer un escarmiento que ni las plagas de Egipto, te lo juro, Nancy!

En contraste con el delegado, Reedy se mostraba muy sereno. Subrayó las últimas palabras de aquél con una seca carcajada.

—Wandy —indicó, burlonamente—, hay algo que deseo puntualizar.

Congestionado, Lassiter le miró.

—¿Qué?

—Digo que hay algo que deseo puntualizar: ¿Tengo manos libres con Cora Strang? ¿Qué hago de ella?

—Lo que te venga en gana, Nick.

—Wandy... —intervino Nancy.

—¡Cállate tú! ¡Lo que te venga en gana, Nick, no te preocupes!

El pistolero volvió a reír, sin la menor alegría.

—De acuerdo y muchas gracias. Buenas noches. Adiós, Nancy.

La mujer le volvió desdeñosamente la espalda.

Después de haber salido Reedy, hubo un largo silencio. Lo rompió Lassiter, que había estado reflexionando. Una luz se acababa de encender en sus ojos.

—Muñeca—su voz sonaba de nuevo con calma—, ¿qué tal te sentaría actuar de testigo en un juicio por asesinato?

Nancy le dirigió una mirada recelosa.

—¿Qué insinúas?

—«Relámpago» ha matado a Grant y a Koska, ¿no? Con sólo que alguien hubiera estado presente y declarase que fue un asesinato, le colgarían sin remisión. Bueno, tú estabas presente, muñeca»

—Pero todo el mundo sabe...

—Olvídate de todo el mundo. En esto únicamente jugáis el juez, el Jurado y tú. Puede arreglarse.

La mujer se quedó pensativa.

—Primero habría que detener a «Relámpago» —dijo— Es lo difícil.

—Barton lo hará.

—Suponiendo que «Relámpago» se deje detener.

—Espera y verás. No tendrá otro remedio. No es un suicida, y sabe perfectamente que, si mata a un representante de la Ley, está listo. Convertirse en un proscrito no le gusta a nadie.

—Wandy, eres un iluso.

—No, muñeca, un iluso no. En todo caso...

—Las cosas no pueden hacerse como tú las haces. Los hombres empiezan a hundirse cuando se dejan arrastrar por la pasión: tú te hundes, Wandy, y de prisa, ¿oyes? Si estuvieras en tus cabales te darías cuenta de que no es posible arrasar un rancho, ordenar que sean acribillados los *cow-boys* y las reses, entregar a una chiquilla como Cora Strang a un degenerado como Nick Reedy, y al mismo tiempo pretender que un muchacho de quien todos saben que no es un asesino, sea condenado por el asesinato de dos reconocidos pistoleros. Deliras, Wandy.

Lassiter hinchó el pecho.

—Todo eso es perfectamente posible en determinadas circunstancias —replicó.

—¿Qué circunstancias?

—Puede hacerlo un hombre que tenga en sus manos el dinero, el comercio, la Justicia, la Ley, el poder, la fuerza, la vida entera de la ciudad. Ese hombre, en Cheewaska, soy yo —Nancy fue a decir algo, pero él la acalló de un violento ademán—. Soy yo, muñeca. Y vámonos a ver a Barton, hemos perdido ya bastante tiempo.

Diez minutos después, Nancy, Lassiter y el «marshall» caminaban por los soportales en dirección al «Nancy's Den». La cara de Barton reflejaba una profunda contrariedad, y sólo a regañadientes acompañaba a la pareja.

—Repito que no puedo hacerlo —dijo, cuando alcanzaron las puertas batientes del local—. Lassiter, tú no puedes obligarme a una cosa así. Es enviarme a la muerte, y no...

—¡Cállate! —le espetó secamente el delegado de la Compañía Ganadera—. No hay ningún peligro. Trae acá el rifle, sube desarmado, y tú verás cómo «Relámpago» no se atreve a nada.

Nosotros montaremos guardia en el pasillo. Si necesitas ayuda, la tendrás.

Barton miró a Lassiter fijamente.

—Pero, ¿es o no es «Relámpago» un asesino? Si lo es... poco le importará matarme: está condenado de todos modos. Si no lo es...

El delegado le agarró bruscamente por el chaleco.

—Barton, cuidado con la lengua. Nancy ha sido testigo de dos asesinatos, y lo ha denunciado ante ti formalmente. El que dude de su palabra, se arrepentirá. Y basta de esto, maldito seas. O subes a detener a «Relámpago», o todo ha acabado entre nosotros. Tú sabrás lo que te conviene.

Barton titubeó un instante. Luego, con la cabeza gacha, entregó a Lassiter el «30-30» y tiró hacia arriba de sus pantalones. Empujó las medias puertas y entró en el *saloon.* Nancy y el delegado le siguieron.

Ned casi se precipitó sobre ellos cuando alcanzaron la oscuridad del pasillo superior.

—Nancy, creí que no llegabais nunca —susurró.

La mujer le respondió con un sibilante cuchicheo:

—Así se te indigestara el miedo de una vez para siempre, Ned. ¿Hay novedad?

—No..., no se ha movido.

—Esperamos aquí, Barton —dijo Lassiter—. Hala, muévete, vivo.

El «marshall» desplazó por el pasillo su corpulenta humanidad. Sus pasos sonaron sordos, pero duros, aplomados. Llamó a la puerta de la habitación con dos golpes, e inmediatamente la abrió.

Encontró a Brown, pálido, manchado de sangre, increíblemente amenazador, aguardándole con los dos «Holborn» a la altura del pecho.

—¿Qué busca usted aquí, Barton?

Los dos cadáveres habían sido retirados a un rincón. Su presencia y las manchas de sangre del suelo contrastaban dolorosamente con el lujo y el colorido de la pieza. Barton contuvo un estremecimiento. Dejó la puerta entreabierta y entró levantando las manos.

—Vengo desarmado y en son de paz. Brown, no hagas las cosas más difíciles.

—No me fío.

—Cumplo con mi deber.

—¿Quién le ha dicho que yo estaba aquí?

—Lassiter.

—¿Tiene Nancy algo que ver con esto?

—Es ella quien le acusa.

—¡Me acusa! ¿A mí?

—Es mejor para todos, Brown, compréndalo. Estará seguro en la cárcel, se le hará justicia, y en paz. Ahora le acosan como a una alimaña. Si logran ponerle las manos encima, le despedazarán.

El muchacho, frunciendo el entrecejo, hizo dar una vuelta a los revólveres en torno a sus índices.

—Barton, ¿qué es exactamente lo que quiere de mí?

—Detenerle.

—¿Acusado por Nancy? ¿De qué?

—De doble asesinato. — El «marshall» indicó los cadáveres con un movimiento de cabeza—. Ahí los tiene.

—Ya entiendo. — Una salvaje sonrisa desnudó los blancos dientes de Brown. Duró unos segundos y se le heló en los labios—. Supongo que no dará usted crédito a semejante paparrucha. Yo no soy un asesino.

—Es el juez quien ha de determinarlo, Brown...

—Es un cuerno. Márchese por donde ha venido, Barton. Se acabó.

Barton avanzó un paso.

—No saldrá vivo de aquí si no aprovecha esta oportunidad. Oh, infierno, ¿no se da cuenta de que sólo pretendo protegerle?

—Métase su protección donde más le estorbe. Márchese, es mi última palabra.

Sin inmutarse, el alguacil avanzó otro paso todavía.

—Brown, queda usted detenido en nombre de la Ley.

—No me haga reír.

—Brown...

La boca del cañón de los dos «Holborn» se apoyó en el estómago del visitante.

—¡Márchese!

—Es inútil, no me iré. Intente escapar, Brown: le están esperando detrás de esta puerta y en cada esquina de la ciudad. No tiene más solución que salir conmigo... Bueno, ¿por qué no dispara? ¿Por qué no me mata y huye? ¿O quizá prefiere ponerse en razón?

Jasper Brown no había perdido la serenidad. Miró a su alrededor, retrocedió para librarse de la imponente proximidad de Barton, y se encogió desdeñosamente de hombros. Enfundó los revólveres, despacio, primero el derecho y luego el izquierdo. El rostro del «marshall», ante aquel gesto, se iluminó.

—¿De modo que se viene conmigo?

—¿Quién ha dicho tal cosa?

—Pensé...

Brown movió negativamente la cabeza.

—Lo siento, Barton, no puedo complacerle. Usted no ha querido desearme suerte esta tarde, cuando he salido a pelear... Bien, yo no se la deseo ahora. Así se hunda antes de que volvamos a vernos.

Adiós.

—¡Eh! —exclamó el alguacil.

Sin atender, Brown giró sobre sus talones, alcanzó de una zancada la ventana, pasó las piernas por encima del alféizar y desapareció. Su acción fue tan rápida y tan enérgica, que el «marshall» se quedó absolutamente boquiabierto. Tardó unos segundos en reaccionar. Cuando se precipitó atropelladamente a la ventana, el callejón, abajo, estaba negro y desierto, y de Brown no se advertía el menor rastro.

Barton masculló una complicada maldición.

—¡Se ha ido! —gritó, retrocediendo hacia la puerta—. ¡Ha saltado por la ventana! ¡Eh!...

CAPITULO XII

Barton vivía solo en un pequeño departamento habilitado en el piso superior de su oficina. Un estrecho balcón corría a lo ancho de la fachada trasera, abierto a la perspectiva de los campos, con la línea del ferrocarril a quinientos metros y unas colinas por fondo.

El alguacil había tenido una noche muy agitada. Era ya tarde cuando se retiró, después de sufrir las invectivas de Lassiter por el fracaso de la detención de «Relámpago» Brown, y de asistir impotente a las pesquisas de dos pistoleros comisionados por el delegado para registrar de un extremo a otro la ciudad. Los dos hombres, que le tenían miedo a «Relámpago», no pusieron demasiado empeño en la tarea, pero hubo algo que sorprendió a Barton mucho más que la inutilidad de su búsqueda: la ausencia de Nick Reedy y de los más representativos elementos del «equipo» de Lassiter. Cuando le preguntó a éste la razón, recibió una respuesta airada y se quedó tan a oscuras como antes. El fenómeno, no obstante, aumentó su preocupación.

Brown, por otra parte, no fue encontrado, y Nancy se asustó. Temía una represalia, no sin motivo: si el muchacho era un asesino y ella el único testigo de su crimen, cerrarle para siempre la boca sería su primera precaución. Tomando esto en cuenta, Lassiter la había encomendado al dudoso cuidado de los dos pistoleros, y acto seguido dio por terminadas las precauciones.

—«Relámpago» no saldrá de la ciudad —declaró—. Volveremos a verle.

En nada se fundaba para creerlo así, pero el propio Barton, que juzgaba las cosas sin pasión, estaba íntimamente de acuerdo con él. «Relámpago» Brown, el día que renunció a su viaje a Sierra Brava, se había trazado un camino y lo seguiría hasta el final. Que este final fuese o no una tumba era algo todavía sujeto a discusión.

Asomado a su balcón, mirando el negro horizonte, bostezando y a punto de acostarse, Barton se fumó un cigarro y reflexionó largamente acerca de todo lo sucedido. No le gustó.

Cuando, con el disgusto reflejado en la cara, pasó a su habitación, le aguardaba una gran sorpresa: sentado en su cama y jugando, como siempre, con los siniestros «Holborn», «Relámpago» Brown le saludó burlonamente.

—No se asombre, Barton.

El «marshall» se apoyó en la pared.

—¿Qué diantre...?

—Se me ha ocurrido que el último lugar donde Lassiter pensaría

encontrarme sería esta casa. ¿No quería usted protegerme? Hágalo ahora.

—Está loco. ¿Quiere decir que ha venido a constituirse prisionero?

—Yo no he cometido ningún delito. No —Brown atajó la réplica del alguacil con un violento ademán—, no quiero cuentos de hadas. Aquí vamos a hablar de hombre a hombre. En, primer lugar, siéntese.

—Peto...

—¡Siéntese!

Barton avanzó, cogió una silla y se sentó a horcajadas.

—Usted y yo nada tenemos que hablar, Brown —logró decir.

El extraño aspecto del muchacho le inquietaba. Debía de tener fiebre. Le ardían los ojos, y le torcía la boca un rictus de dolor y de ansiedad. A la altura del costado y del brazo izquierdo su camisa mostraba dos considerables manchas de sangre. Se le veía sufrir, y, al mismo tiempo, arder en la hoguera semioculta de una fantástica pasión. Barton no pudo menos que recordar la terrible historia que envolvía a «Relámpago» cuando fue a Negramosa, tres años antes. Al verle por primera vez en la estación, pese a sus grandes y cuidadas armas, no [hubiera sospechado que aquel chiquillo llevase algo tan grave como ocho muertes sobre su conciencia. Ahora, en cambio, era otro; ahora, el mal parecía fluir de él, y a Barton ya nada le sorprendía. A sus ocho muertes, en pocas horas, «Relámpago» había añadido las de Cavender, Strauss, Ruiz, Koska y Grant: toda una marca. Contemplándole, viéndole poseído de aquella furia interna, el alguacil se dijo que no tardaría en añadir a estas muertes varias más.

Brown estaba sacándose del bolsillo una hoja de papel.

—Quiero que lea usted esto, Barton —dijo—. Es fundamental para que nos comprendamos mutuamente.

El alguacil se inclinó hacia la cama, desde donde, sin soltarla, el muchacho le mostraba la cuartilla. Leyó. Era la contundente declaración de Grant, con su firma al pie.

Barton perdió el color. Hubo un silencio.

—¿Y bien?

—No —el alguacil se pasó la lengua por los labios— eso no le servirá ni para mover un dedo. Ya veo lo que pretende, pero usted mismo ha frustrado sus propósitos. No se haga ilusiones. Grant ha muerto. Dudo que su firma esté registrada en alguna parte. Ante un Jurado, ese documento, sin refrendar, es nulo.

—Lo sé de sobra. Naturalmente, yo no quería matar a Grant. Me forzaron las circunstancias.

—Entonces...

—No aspiro a presentar la confesión a un Jurado. Se la presento a usted, eso es todo.

Barton contuvo la respiración.

—Ya.

—Usted sí cree, sin más pruebas, que Grant la firmó. Basta para demostrar que yo no cometí los supuestos asesinatos, y para invalidar la denuncia de Nancy. Esto es el principio.

—No, se equivoca. La tarea corresponde al juez. Yo me limito...

—Déjese de subterfugios. Usted hace aquí lo que quiere.

El alguacil miró al suelo.

—Hago lo que quiere Lassiter.

—Hasta hoy. De hoy en adelante, será otra cosa.

Hubo un nuevo silencio.

—Por Dios, Brown, sea usted sensato —suplicó Barton, lastimeramente—. Ha mordido un bocado demasiado grande, ¿no se da cuenta? Cheewaska no está hecha a su medida. Admito que no ha cometido los asesinatos de que Nancy le acusa, lo admito todo, pero no llego a más. Basta. Salga de la ciudad ahora mismo. Me ofrezco a procurarle montura, equipo, provisiones, y a acompañarle hasta que se encuentre a razonable distancia. Me parece que soy generoso, pero, óigame bien, Brown, ¡ahora mismo! ¡Márchese!

—Usted no es generoso —replicó el muchacho—. Usted es mezquino, y, además...

Calló. Iba a decir «cobarde», pero un punzante recuerdo le cerró la boca. Alguien le había llamado cobarde a él. Una mujer, casi una niña. Le acusó de vivir como una alimaña, de preferir el hambre, la sed y los piojos del desierto al mero cumplimiento de sus deberes sociales. Y, de pronto, se preguntó por qué estaría haciendo lo que hacía, si valdría la pena, si daría algún fruto ahogar el ansia de espacios libres, de soledad y silencio que llevaba en el alma, para reencontrar al «Relámpago» Brown que borraron tres años en Negramosa. Se preguntó qué sentido tenía luchar y matar, fuera cual fuese la causa, aunque esta causa encamase remotamente en una mujer. Se preguntó quién era él mismo, a dónde iba, por qué estaba allí.

Bajo la mirada de Barton, que le observaba ansiosamente, el muchacho relajó la nerviosa tensión de sus músculos. Un infinito cansancio le acometió.

—Usted no me comprende —dijo, finalmente, el alguacil.

Brown asintió.

—Sí, sí le comprendo. Puede que esté en lo cierto, y yo equivocado. Cheewaska no me importa. Nada me importa. Se acabó.

Barton casi dio un salto en la silla.

—¿Eso significa que acepta mi oferta? ¿Qué se va de la ciudad?

—Sí.

Un violento estrépito acompañó la ahogada respuesta de Brown,

de tal modo que el alguacil casi no pudo oiría. Alguien, en alguna parte de la casa o fuera de ella, estaba aporreando una puerta con manos y pies, lanzando salvajes gritos.

Los «Holborn» se inmovilizaron en las rígidas manos de Brown.

—¿Qué es eso?

El «marshall» se había asustado.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Si Lassiter ha descubierto...

—¿Dónde suena el ruido?

—En la puerta de mi oficina.

—Baje a abrir. Estaré atento, en lo alto de la escalera, entérese. Si es por mí, habrá sangre. Le conviene andar con pies de plomo.

Barton no respondió. Salió de la habitación inclinado como si le doliera la espalda, con Jasper pisándole los talones.

La puerta de la oficina fue abierta. Asomado al remate de la escalera, Brown espió lo que ocurría. Barton encendía un quinqué. Un hombre entró. Iba cubierto de sangre y de polvo, con las ropas hechas trizas, sin sombrero. Jadeaba, oprimiéndose un costado.

Era Tex Steele, el veterano *cow-boy* del «O Barra».

—¡Steele, está borracho! —exclamó el alguacil.

Brown sintió un latigazo de angustia. Steele no estaba borracho, sino derrengado y herido. Algo grave debía de haberle ocurrido para que acudiese al «marshall» en aquel estado.

Sin titubear, Brown empezó a bajar la escalera. El *cow-boy,* al mismo tiempo, se puso a hablar:

—Barton, si es usted hombre y le queda un mínimo de vergüenza —dijo atropelladamente—, véngase al rancho. Aquello es un infierno. Los... —se interrumpió al ver al muchacho, y lanzó una exclamación de sorpresa: —¡Jasper Brown!

Brown hizo un breve ademán.

—Sigue, Tex.

—¿Cómo es posible...?

—¡Sigue, Tex!

La orden sacudió a Steele como una descarga eléctrica.

—Los hombres de Lassiter han caído a traición sobre el «O Barra» —declaró, mirando alternativamente a

Barton y a Brown—. Una carnicería. La casa y las dependencias están ardiendo. Cuando he salido de allí, habían muerto Rusty, Pat, Mike y Crabbe, pero se luchaba aún y se continuará luchando mientras quede alguien con vida. Esta es la situación.

Barton, palidísimo, susurró:

—¿Qué?

Y desplomó su humanidad en una silla.

—Tex —articuló Brown, manoseando nerviosamente las cachas de sus revólveres—, ¿qué ha sido de Cora?

El *cow-boy* le miró un momento sin responder. Luego dijo, lentamente:

—Nick Reedy iba al frente de esos canallas. El no ha luchado. Quería apoderarse de una determinada presa y lo ha hecho.

—¿Apoderarse de Cora?

—Sí.

Hubo un glacial silencio.

—¿Está allí todavía?

—No lo sé.

Los ojos de Brown eran los de un alucinado cuando se precipitó sobre el «marshall», le agarró de la camisa, y, con todo su peso, le puso en pie de un tirón.

—Ya lo ha oído, Barton. Steele ha venido en busca de socorro y a exigir se haga justicia. Se hará, al momento. Va usted a convocar una «posse» (1) y a conducirla al «O Barra». No tiene opción. Lassiter se ha hundido, pero la placa que usted lleva en el pecho le salva de hundirse con él... Andando, ¿me entiende? ¡Vivo!

(1) *Posse:* Fuerzas que el *sheriff* (o su representante, como en este caso), reúne para evitar desórdenes o atajar desmanes.

Barton parecía haber envejecido diez años.

—No —jadeó—. ¡No lo haré! ¡Habíamos llegado a un acuerdo, Brown! ¡Usted se marchará de la ciudad! ¿Como quiere que me enfrente a Lassiter? ¿No ve que es un suicidio?

Por toda respuesta, el muchacho, fuera de sí, le sacudió un tremendo bofetón. El golpe alcanzó al «marshall» en la nariz y en la boca, que inmediatamente empezaron a sangrar. El hombre retrocedió tambaleándose, pero el dolor le había enfurecido, y en cuanto recobró el equilibrio, se lanzó al ataque con el ciego impulso de un rinoceronte. Aunque le esperaba en guardia y proyectó contra él sus dos puños, Brown se vio dominado por la pesada mole del alguacil, que abultaba dos veces más que él. Cayó hacia atrás, con Barton encima. Entre ambos derribaron un macizo escritorio y dos sillas. Mientras pataleaban y se pegaban en el suelo, resollando, papeles, plumas y objetos diversos volaron en todas direcciones. Steele, a la expectativa, puso a salvo el quinqué y se quedó rígido, con el «Colt» en la mano.

Brown, más ágil, fue el primero en ponerse en pie. Sus botas Nacona pisotearon sin compasión el abdomen, la cara y el cuello del Barton, hasta que éste, a su vez, rugiendo de cólera, se hizo a un lado y se enderezó. El gigantesco alguacil y el esbelto muchacho se pararon un instante frente a frente. Barton fue quien tomó la iniciativa. Sus grades manos apresaron el respaldo de una silla, la alzó, la enarboló y trató de abatirla sobre el cráneo de Brown. Este, empero, saltó velocísimo hacia adelante. Su cabeza chocó en la boca del

estómago del alguacil. La silla descendió y se astilló en la parte baja de su espalda y en sus piernas, pero, cazado de improviso y privado de aliento por el golpe, Barton desarrolló una mínima fracción de sus fuerzas. Jasper, acto seguido, le aplicó un rodillazo al bajo vientre, y cuando se dobló, le enderezó de dos ganchos a la cara. Barton flaqueó un segundo. Notándolo, Brown se arrojó sobre él y le castigó con desesperada energía. Sus puños trabajaron como martinetes. Sus elásticos y vigorosos músculos se contrajeron y distendieron con la precisión de una pieza mecánica.

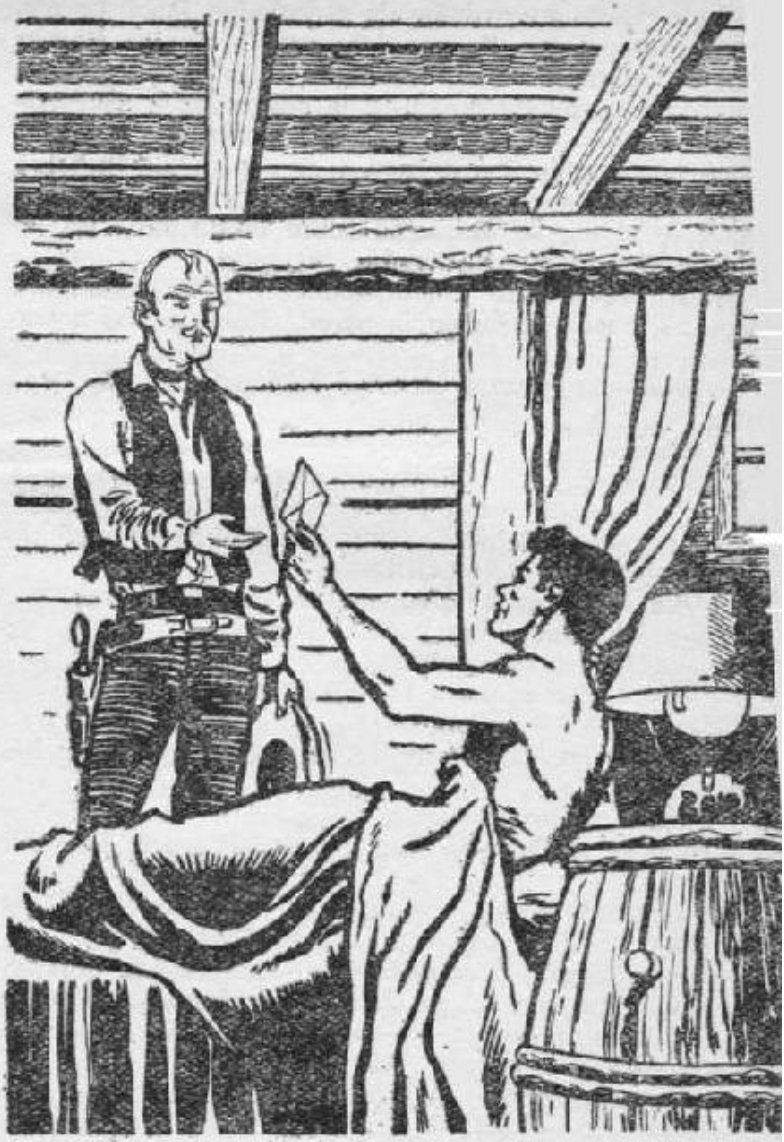
Steele, desde su posición de espectador, lanzó un alarido de entusiasmo. Su voz enardeció a Brown. Barton *fa* no se defendía sino torpemente. Una derecha y una izquierda cargada de dinamita le pulverizaron sucesivamente el mentón. Puso cara estúpida, mirando al vacío. Brown adivinó que iba a caer, y se apartó. La inmensa mole del «marshall», en efecto, se tambaleó patéticamente, y, al fin, se desplomó sobre la última silla intacta, aplastándola con terrible estrépito.

Brown, respirando dificultosamente y acariciándose los puños, buscó apoyo en la pared. Steele corrió a sostenerle.

—¡Muchacho, pero si te estás desangrando! ¡Si estás herido!

—Déjame.

Brown se desasió. Miraba al alguacil, que no había perdido el conocimiento y sacudía la cabeza para despejársela, como un oso. Avanzó hacia él y le largó un brutal puntapié a las costillas.



—Quiero que lea usted esto, Barton.

—¿Qué tal, Barton? ¿Volveremos a empezar?
—Hijo de perra — articuló el hombre.
Brown le dió otro puntapié.
—¿Vas a reunir ahora la «posse»?
—No.
El muchacho desenfundó lenta y expresivamente los «Holborn».
—¿Vas a reuniría, Barton?
Barton se restregó la cara y retiró la mano tinta en sangre.
—Cincuenta hombres y sin perder un minuto. Tenemos que encontrar a la gente de Lassiter en el «O Barra». Si el rancho arde todavía — una mueca amarga distendió los labios del muchacho — sus propias llamas servirán para incinerar los cadáveres.
—Sí —repitió Barton maquinalmente.
Brown, suspirando, enderezó la espalda.
—Está bien — dijo—. Te ha costado, Barton, pero al cabo has descubierto lo que más te conviene.

CAPITULO XIII

Las llamas se percibían a bastante distancia, así como el sonido de algunos disparos aislados, muy pocos. Los cincuenta hombres reclutados por Barton en las tabernas, los «saloons» y las casas de mala nota de Cheewaska estaban nerviosos y se agitaban en sus sillas deseosos de entrar en acción, mientras el alguacil, acompañado de Brown y Steele, ascendía a una colina para hacerse cargo del panorama. La inmensa mayoría de aquellos hombres eran vaqueros procedentes de casi todos los ranchos de la comarca, gente que había bebido de más y que acogió el reclutamiento de una «posse», en aquella hora de la alta madrugada, como una oportunidad de rematar con pólvora la diversión nocturna. La mayoría también, sin embargo, guardaba contra la cuadrilla de Lassiter un venenoso rencor, fruto de la tensión que durante tanto tiempo, hasta que los ganaderos se decidieron a vender sus hatos a precio ruinoso, tuvo en vilo a Cheewaska; por ello la perspectiva de dar un escarmiento definitivo a los relamidos esbirros de la Compañía les era doblemente agradable.

En tanto la fuerza esperaba en la obscuridad, Barton Steele y Brown detuvieron sus caballos en lo alto de la loma. Los tres habían curado sus heridas, pero su aspecto seguía siendo malsano, feroz, marcado con el sello indeleble de la tragedia. Aunque ninguno había reflexionado todavía sobre ello, el momento que estaban viviendo significaba un punto de flexión trascendental en la curva de sus respectivos destinos. Esto se traslucía particularmente en el alguacil, cuya Habitual expresión de obstinada brutalidad se había trocado en una extraña mezcla de resignación, cansancio y esperanza.

A sus pies se extendía un paisaje dantesco: los pastos negros, unas lejanas montañas silueteadas contra las estrellas, y, en el centro, las llamas que mordían el esqueleto de lo que fueron edificio principal y dependencias del «O Barra». A contra luz, de vez en cuando, se movían pequeñas figuras. Vagamente se adivinaba más allá agitación de ganado, confuso ir y venir de reses, *y* se oían disparos y mugidos. A despecho de esto, no parecía haber lucha en todo lo que la vista alcanzaba.

Barton contempló de reojo el perfil angustiado de Steele y los inmóviles rasgos de Brown. El *cow-boy* dijo:

—Malditos sean, han traído el ganado a la luz del fuego y lo están sacrificando. En el nombre de Dios, Brown, vamos allá. No aguanto más.

El muchacho permaneció rígido en la silla.

—No encuentran resistencia — murmuró—. Tú sabes lo que eso

significa, Tex, ¿no es cierto?

Steele se estremeció.

—Han muerto todos. Se defenderían si hubiera alguno vivo... porque...

Barton hizo volver grupas a su potro, y lo puso al trote loma abajo. No miró atrás, pero oyó que Brown y el vaquero le seguían un momento después. Cuando se reunió con la «posse» sacó el «30-30» de la funda del arzón, lo cargó sombríamente y se lo apoyó en el muslo.

Brown dio algunas instrucciones y ordenó proseguir el avance. La tropa se puso en marcha de acuerdo con aquéllas, y se dividió en dos grupos al salir a la pradera donde estaba el rancho. La mayor de las dos, con Brown y Barton, inició un rodeo para alcanzar el lugar donde los bandidos acosaban las reses. La otra, al mando de Steele, descabalgó y corrió a apostarse entre la alta hierba, frente a los incendiados edificios.

Transcurrió un largo compás de espera. Luego, bruscamente, de la noche brotó un rabioso semicírculo de fuego. Desplegados en abanico, los hombres conducidos por Brown y el alguacil ofrecían a sus enemigos un amplio y sólido frente. Su entrada en combate tuvo la inesperada violencia de una explosión.

Los bandidos abandonaron inmediatamente su tarea, cambiaron voces de alarma y se desperdigaron a todo galope, aunque con la evidente intención de reagruparse junto al rancho. Lo hicieron así en breves momentos, pero, entonces, les llegó el turno de hablar a las armas de la facción de Steele. Hubo una nueva desbandada, inútil también: el semicírculo conducido por Barton y Brown se había extendido, formando ya una barrera completa en cuyo interior los pistoleros se encontraron con la obligada compañía de la muerte.

A partir de aquel instante, sin organización, cada cual peleó como mejor pudo. Fue una matanza primitiva y salvaje. Los cincuenta vaqueros medio borrachos, enardecidos por el fuego, el olor de la pólvora y el «staccato» desgarrador de los disparos, lanzaban roncos gritos de júbilo. Como diablos pintados de rojo por las llamas, saltaban y recargaban sus armas frenéticamente. Ni la rapidez en sacar ni la puntería infalible servían de nada a los forajidos de Lassiter en aquella ocasión. La lucha estaba por encima de tales condiciones; era un encuentro fabuloso entre la más corrompida civilización y la fuerza ciega de la naturaleza.

A caballo todavía, con un helado rictus a modo de sonrisa en los labios, Brown asistía impávido al desarrollo de la escena. Delante de él, dos «cow-boys» perseguían a un pistolero herido. Le dieron alcance y uno comenzó a zarandearle agarrándolo del cuello, mientras el otro le metía el revólver por la cara y le golpeaba y le

restregaba hasta hacerle chillar. Por fin, le derribaron a puntapiés. El hombre se convulsionaba en el suelo. Debieron de ser lo menos ocho las botas que, por etapas, terminaron con su vida. En cuanto murió, los otros dos, riendo y tambaleándose, se alejaron en busca de una nueva presa.

El incendio prestaba a las cosas y a los hombres una apariencia alucinante. Brown vio al alguacil cruzar la pradera a paso lento, enorme y pesado como un percherón, echándose de vez en cuando el «30-30» a la cara. Su boca entreabierta y sus ojos ardientes delataban una pasión casi fisiológica, una verdadera sed de pelear. El instinto del mal, desatado como una ventolera, le había arrebatado, a él igual que a todos.

Bastante más allá, flaco, desmelenado, nervioso, Steele corría a cualquier lugar donde adivinara perspectivas de lucha. Su «Colt» no descansaba, y cada disparo le producía una especie de convulsión. A intervalos, se le oía gritar.

Pero todo aquello a Brown no podía satisfacerle. El era el único que no tomaba parte en el combate. Sus duros ojos recorrían sin cesar el sangriento panorama buscando a un hombre determinado: Nick Reedy; más el metro ochenta de estatura del pistolero y su musculosa corpulencia no se distinguían por parte alguna. Brown iba convenciéndose poco a poco de que su puesto no estaba allí.

Nadie, viéndole impasible en la silla de su caballo, hubiera sospechado la tempestad emocional desatada en su pecho. Incluso, cuando ante él era más recia la batalla, sacó lentamente la bolsa de tabaco y el papel de fumar, lió un cigarrillo y lo encendió con mano firme. Por dentro, sin embargo, temblaba. Y luego no esperó a que la aniquilación de las huestes de Lassiter se consumase: tiró de las bridas de su potro, le hizo volver grupas y tomó el camino de regreso a la ciudad.

Como si de pronto le hubiera acometido la prisa, cubrió el trayecto hasta Cheewaska a un bárbaro galope. Galopando todavía embocó la calle principal. Los cascos de su caballo, chapoteando en la húmeda calzada, salpicaban fango en derredor. Muy pocas personas se pararon a contemplarle. Pronto iba a amanecer. Las aceras estaban casi desiertas, la mayoría de los locales cerrados, las luces apagadas.

«Nancy's Den» seguía abierto, pero ya no sonaba la música y apenas había nadie en su interior. Brown entró, impulsando sin vacilar las puertas batientes, con las manos patentemente cerca de sus revólveres. Todas las miradas se posaron en él. Desde el umbral, inspeccionó uno a uno los rostros de los parroquianos. Eran «cow-boys», tenderos, oficinistas, gente que no podía causarle la menor inquietud.

Cuadrando los hombros, echó a andar hacia el extremo de la

sala, donde arrancaba la escalera que conducía al piso superior. Subió con deliberado aplomo, peldaño tras peldaño. Nadie hizo nada por detenerle.

Una vez arriba, se orientó en la obscuridad. Encontró otra escalera descendente, que comunicaba directamente con la calle las habitaciones privadas de Nancy. Registró éstas una por una, hasta dar, primero, con la que le sirvió de refugio, todavía con rastros de la sangre de Korka y de Grant. Allí se proveyó de un quinqué, y un momento después se encontró en lo que, evidentemente era el dormitorio de Nancy. La mujer no estaba. No se había acostado aún, su lujoso lecho permanecía intacto.

Brown trató de imaginar cuál sería su paradero. Pensó en Lassiter, pero ignoraba dónde vivía éste. También pensó en las oficinas de la Compañía y su entrecejo se frunció.

Sabía que necesitaba operar con rapidez, porque la noticia de su presencia en la ciudad no tardaría en llegarle a Lassiter, de modo que bajó a la calle por la escalera directa, fue en busca de su caballo y montó. Acababa de saltar a la silla cuando las puertas de «Nancy's Den» se abrieron y salió un hombre. Un chorro de luz le dio de lleno en la cara. Brown le reconoció, le había visto un momento antes: era uno de los camareros que atendían el mostrador. Ahora, con una chaqueta sobre los hombros, parecía muy apresurado.

El hombre le reconoció también a él, y se detuvo. Hizo ademán de volver atrás. Su movimiento se truncó: Brown había desenfundado uno de los «Holborn», y le encañonaba.

Descabalgó, y se dirigió a su encuentro.

—No, no — susurró el camarero, aterrorizado—. Por favor...

Brown le dio un metido en las costillas con el cañón del revólver —. Ve adonde ibas. Iremos juntos.

El hombre gimió:

—Iba... a mi casa...

—No es verdad. Los dos nos morimos de ganas de ver a Nancy, aunque sea por motivos muy diferentes. Hala, llévale la noticia de que he vuelto. Le gustara más si, encima, me llevas a mí.

El «Holborn» oprimía significativamente el costado del camarero. Este inclinó la cabeza, como resignándose a lo inevitable, y, al fin, echó a andar Brown fue pisándole los talones.

Su meta era el «Cheewaska Palace». Cuando se encontró frente al hotel, Brown obligó al hombre a hacer alto.

—¿Nancy está ahí? —preguntó.

—En el hotel... por miedo a usted...

—Entiendo. Entraré contigo, ¿te enteras? Preguntarás por ella y darás tu nombre. Te pegaré un tiro en la nuca si no nos recibe.

El camarero se estremeció violentamente.

—Pero...

—¡Cállate! ¿Con quién está Nancy? ¿Sola? ¿Con Lassiter, quizá?

—Es... posible...

Brown entrecerró los ojos.

—Pues pide por él primero. La noticia, en definitiva, es a Lassister a quien le interesa. Vamos.

El hombre comenzó a subir las escaleras. Brown enfundó el revólver al llegar a la puerta, y se mantuvo a su espalda.

En el escritorio del vestíbulo dormitaba un empleado. Despertó al oírles y posó en ellos una mirada vidriosa.

—Wandy Lassiter —dijo el camarero, roncamente.

El empleado bostezó.

—No está. No ha venido todavía.

—Es importante... importantísimo...

—¿A mí qué me cuenta? Le digo que no está.

—Nancy O'Hara, entonces.

—¿A esta hora?

—Sí. Soy un empleado suyo, me llamo Heuss. Dígale que necesito hablar con ella urgentemente.

El hombre abandonó su puesto remoloneando.

—Sé quién es usted —gruñó.

Cruzó el vestíbulo y desapareció en dirección a la escalera.

Brown indicó:

—Esperaré ahí, detrás de esa puerta... apuntándote a la nuca. Procura no olvidarlo.

Se retiró, y el camarero esperó solo, hundido de hombros, restregándose nerviosamente las manos.

El empleado tardó casi diez minutos en regresar.

—Dice que suba —declaró—. Habitación ocho, primer piso, a la derecha.

Subieron ambos, el camarero y Brown. El camarero resollaba. Tenía perlada de sudor la frente.

Había que doblar una esquina, en el corredor del primer piso, para llegar a la habitación ocho. En cuanto la doblaron se encontraron ante dos hombres que habían desenfundado un revólver cada uno: eran los pistoleros que Lassister le asignó a Nancy como escolta.

CAPITULO XIV

Un hombre de reflejos normales, en aquellas circunstancias hubiera muerto acribillado antes de adivinar lo que iba a ocurrirle. Así murió Heuss, el camarero. No tuvo tiempo más que para iniciar un grito de protesta, de rebeldía, de subversión contra su mala suerte. El grito lo ahogó el simultáneo bramido de los «Colt». Heuss cayó como si hubiera recibido un mazazo.

Pero «Relámpago» Brown no era un hombre de reflejos normales. Su intuición del peligro precedió en una fracción de segundo a los disparos, margen suficiente para que se precipitara al suelo con inconfundible violencia, escapando a la trayectoria de los proyectiles. Aunque hubo a continuación una ligera pausa, mientras ladraban los revólveres y caía Heuss, el muchacho no la aprovechó para guarecerse en la desenfilada que le brindaba el recodo. Por el contrario, girando sobre sí mismo, extrajo los «Holborn» de las fundas y se encontró con ellos en las manos cuando todavía vibraban en el aire los estampidos.

Disparó desde el suelo, tendido boca arriba, en posición forzada, sabiendo que un mínimo de error de puntería significaba su muerte. El error no se produjo. Uno de los pistoleros, con un balazo en la cara, dio un grotesco salto y se derrumbó. El otro resultó solamente herido pero la enorme fuerza del proyectil le impulsó contra la pared, le hizo tambalearse y le impidió replicar al disparo con la rapidez necesaria.

Cuando replicó era tarde: Brown, enderezándose, había mejorado su posición y le encañonaba fríamente Fue él quien apretó primero el gatillo. Su bala se incrustó en el corazón del pistolero; la de éste se perdió en la pared. Al hombre se le doblaron las rodillas, cayó hacia adelante y dio contra el suelo un sonoro testarazo.

En el corredor quedó flotando una larga y tenue nubecilla de humo. Brown se levantó, y, a la vez que abría el .cilindro del «Holborn» y reponía los dos cartuchos, llamó a la puerta de la habitación de Nancy.

No obtuvo respuesta.

—Abre —dijo, alzando un poco la voz—. Necesito hablarte. Abre, o saltaré de un tiro la cerradura.

Hubo un breve intervalo, y Nancy abrió. El muchacho sintió algo como un soplo de fuego en la cara al verla con el cabello en desorden, envuelta en un sutil camisón que apenas difuminaba su maravillosa figura. La mujer le miraba con ojos húmedos y una viva expresión de horror y ansiedad en las pupilas. Sus carnosos labios temblaban.

El entró, dejando a su espalda los tres cadáveres que bloqueaban el pasillo. Empujó a Nancy al centro de la habitación, hasta que tropezó con los pies de la revuelta cama. La mujer seguía mirándole en silencio.

Brown enfundó el revólver y alzó la mano derecha. Con ella, imprimiéndole un movimiento de vaivén, la abofeteó. Cuatro veces. Los golpes sonaron como pequeños trallazos. La mujer lanzó un grito de dolor y se encogió sobre sí misma. Ocultando la cara, rompió a sollozar.

Jasper se apartó y fue a sentarse en una butaca. Lió y encendió,

parsimoniosamente, un cigarrillo.

—Esto es para que, desde el principio, no haya malentendidos entre nosotros, paloma —advirtió—. Basta de lloros. Mírame.

Nancy retiró las manos de su cara, en la que se veían nítidamente grabados los dedos de Brown.

—¿Qué... quieres? ¿A qué has venido? —susurró.

—A darte un consejo y a saber una cosa. El consejo es que salgas de la ciudad en el primer tren. O mucho me equivoco, o Cheewaska va a sufrir un gran cambio y no va a ser el suyo un clima conveniente para tu salud. Cincuenta hombres están empezando con sangre la revolución en los pastos del «O Barra». No es difícil prever cómo la terminarán. —La mujer no disimuló su asombro. Brown la observó unos segundos, y prosiguió—: Vete, Nancy. El reino de Lassister se ha hundido. Cuando estés lejos de aquí podrás vender tu negocio en buenas condiciones. Es tu última oportunidad.

—No... no esperaba eso de ti —articuló ella.

—¿Me tenías miedo?

—Mucho.

Brown rió secamente.

—¿Por qué? Le eres fiel a tu hombre, no es ningún pecado. Luchas a su lado y has perdido. Muy bien, vete en paz.

Nancy inclinó la cabeza.

—Gracias.

En el pasillo empezaron a sonar voces. Alguien aporreó la puerta durante el intervalo de silencio que siguió.

Brown se levantó, desenfundó un revólver y abrió. El corredor estaba lleno de gente. En el umbral se hallaba el empleado. Fue a decir algo, pero se quedó mudo ante el ojo negro y siniestro del «Holborn».

—¿Y bien? —preguntó Brown, ásperamente.

Nadie pronunció una palabra. Al fin, el empleado balbució:

—Usted... usted...

—¡Lárguese si no. quiere que le llene el cuerpo de plomo! ¡Fuera! ¡Fuera todos! —Brown movió el revólver en abanico, y los curiosos retrocedieron atropelladamente—. ¡Ocúpense de sus asuntos!

Volvió a cerrar, dando un portazo, y regresó a la butaca. Nancy ya se había repuesto. Le contemplaba con una vaga sonrisa.

—Tú y yo pudimos habernos entendido bien, «Relámpago» —dijo a media voz—. Fue una lástima que la ocasión fallase. Si hubiera tiempo...

—No lo hay. Atiéndeme, paloma. No estoy aquí para sentimentalismos. Te he hecho un regalo, pero a cambio quiero otro.

Ella avanzó. La tenue prenda que vestía prestaba a sus

movimientos un aire inquietante: Brown no pudo impedir que atrajeran su mirada como un imán. Nancy preguntó suavemente:

—¿Qué regalo?

El muchacho se recostó en el sillón.

—Nick Reedy.

—¿Cómo?

—Se ha esfumado, y queda algo pendiente entre él y yo. ¿Dónde está?

La mujer frunció el entrecejo.

—No lo sé.

—Nancy, no he venido a hacer la guerra.

—Te juro que no sé dónde está «Relámpago»; ¿por qué iba a saberlo? —Hizo una pausa y, en otro tono, añadió—: Es por lo... lo de Cora Strang, naturalmente.

El rostro de Brown se llenó de sombras.

—¿Qué pasa con Cora Strang?

—Nick andaba detrás de ella. Hoy habrá tenido... su oportunidad...

Jasper se puso bruscamente en pie.

—Encontraré a Reedy antes de amanecer —anunció—. Y a Lassister con él.

Se dirigió a la puerta, pero Nancy se precipitó a obstruirle el paso. Apoyada de espaldas en la hoja, su pecho subía y bajaba a compás de la respiración, angustiosamente.

—¡No, «Relámpago»! —exclamó—. ¡Lassister no! ¡No le mates!

—El es el causante de todo.

—¡No le mates!

—Apártate de ahí.

Nancy le miró con ojos desorbitados.

—Espera... júrame que no le matarás. Te diré dónde está, iré contigo y tendrás a Reedy. Wandy sabrá dónde encontrarle. Júrame...

Una salvaje sonrisa desnudó los dientes de Brown.

—No le mataré si no se lo busca; es la única garantía que puedo darte. ¿Dónde está?

Nancy se precipitó hacia él. De pronto, Brown halló contra su pecho, entre sus brazos, su cuerpo palpitante, la súbita sensación de calor y de vida animal le aturdió. Como en una pesadilla, sus labios recibieron un beso ardiente, largo, lento, agotador.

No se movió ni un músculo.

—Este beso no te lo quitará nadie —susurró entrecortadamente la mujer, a su oído, acariciándole con las manos la nuca—. Jamás lo olvidarás. Es el lazo que te unirá para siempre a mí, hagas lo que hagas y estés donde estés. Vale mucho más que un juramento.

—¿Dónde está Lassiter? —preguntó él.

No era exactamente aquello lo que quiso decir, pero le salió de

modo automático, un poco como reacción contra la tempestad desatada en sus sentidos. Nancy suspiró y deshizo su abrazo. Prepuso:

—Poniendo orden en los pageles de la Compañía.

—¿En la oficina?

—Sí.

Brown abrió violentamente la puerta.

—Buena suerte, paloma.

—¡No! —gritó Nancy, sobresaltada, asiéndole de la camisa—. ¡Tú solo no! ¡Iremos juntos! ¡No consiento!...

Jasper la rechazó de un empellón.

—¡Quita allá! — Luchó un instante por dominarse, tratando de aislarse de la agobiante realidad. —Cuida de seguir mi consejo y de no cruzarte más en mi camino, Nancy. Por última vez. Yo me las entenderé con Lassister. Tienes mi garantía.

La mujer abatió la mirada y se encogió de hombros, como si se sintiera repentinamente muerta de fatiga.

—Ahora lo comprendo todo — articuló.

—¿Qué es lo que comprendes? —inquirió Brown desde el umbral.

—Solamente una mujer puede interponerse entre un hombre y otra mujer. A ti y a mí hay algo que nos separa, «Relámpago». Tú... estás enamorado de Cora Strang. Por eso buscas a Nick Reedy. Es...

—¡Cállate!

—¡Es la verdad! ¡Oh, qué bonita historia! —La voz de Nancy sonó roncamente—. ¡Un gran amor, la boda con una rica propietaria, un rancho y dinero fresco para toda la vida! ¡Estupenda combinación!

—¡Cállate, perra! ¡Sueñas! ¡Cuando salga el sol estaré ya muy lejos de aquí, camino de Sierra Brava, para olvidarme de esto y no volver más! ¡Nunca más! ¡Así reviente todo!

Nancy lanzó una histérica carcajada.

—¿Por qué rabias, «Relámpago»? ¿He tocado tu punto débil?

El muchacho titubeó, maldiciéndola en voz baja. Luego se sobrepuso a sí mismo, dio un paso y cerró la puerta de la habitación. Dentro de ésta, Nancy siguió riendo locamente, hasta que, sin transición, su risa se convirtió en una crisis de llanto. Entonces, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y los sollozos sacudían su pecho, tomó su ropa de calle y, atropelladamente, empezó a vestirse. Obraba como un autómata, sin reflexionar. El aura maligna que envolvía a «Relámpago» Brown la había envenenado, marcando su destino para siempre.

Brown se encontró en el pasillo con un revólver en cada mano. Rodeó los tres cadáveres, pisando la sangre que regaba el suelo, y echó a andar. Un grupo de mirones se disolvió en lo alto de la escalera ante su proximidad. Nadie interceptó su camino. Bajó, salió a

la calle y montó en su potro.

CAPITULO XV

Había luz en la pequeña construcción próxima a la vía del ferrocarril. Brown descabalgó a cierta distancia. Rígido como un poste el cuerpo, se tanteó el cinto y comprobó que los «Holborn» salían de sus fundas con facilidad. Estaba ahora completamente sereno. La emoción continuada de las últimas horas le había clarificado el espíritu. Sabía que tendría que bregar mucho para averiguar de Lassiter el paradero de su lugarteniente, pero iba dispuesto a todo.

Recorrió a pie, despacio, el trecho que todavía le separaba de la casa. Miró por una ventana. Y al mirar descubrió que su suerte se había consumado, porque allí estaba Lassiter, en efecto, pero, además, Nick Reedy se hallaba junto a él.

Los ojos de Brown se transformaron en dos angostas hendiduras. Reedy, alto, vigoroso, apuesto, pulcrísimamente vestido, con el largo cabello muy cuidado y la funda de los revólveres bien ceñida a los muslos, paseaba de un lado a otro del local. No parecía contento. Delante de él, sentado a una mesa y con un lápiz en la mano, se encontraba el delegado de la Compañía. La ventana, entreabierta, permitía escuchar su conversación.

—Tendrás que esperar — decía Lassiter—. Si no hubieras sido tan estúpido como para dejar a tus hombres solos en el «O Barra», ahora sabrías a qué atenerte. Barton, coaccionado por Brown, ha organizado una «posse».

No le creo capaz, ni tampoco a ninguno de los inútiles que haya reclutado por ahí, de causar el menor daño, pero uno nunca puede estar seguro. Espera a que recibamos noticias. Y si son malas, prepárate. Así aprenderás a no desobedecer mis órdenes por correr detrás de unas faldas.

—No desobedecí tus órdenes —replicó Reedy, sombríamente—. La tarea era fácil y lo dejé todo a punto.

—Sí, y allí está ahora la «posse».

—Nadie podía suponer...

—Pues ha sido supuesto y realizado, Nick. No, no, ni hablar. Quiero saber lo que ha pasado antes de tomar una determinación.

El pistolero se engalló.

—¿Eso es una amenaza? Mide las palabras, Wandy. Tú no eres nadie sin mí. Un gesto mío y mueres acribillado en la primera esquina.

—Inténtalo.

—Dame el motivo.

Los dos hombres se miraron cara a cara. Luego Lassiter se puso a reír ahogadamente.

—Qué enorme fanfarrón eres Nick —rezongó— y al mismo tiempo,

qué cobarde. La única razón de tu prisa en cancelar nuestro contrato y abandonar la ciudad es que te has enterado de que «Relámpago» anda otra vez en circulación. Cuando se trataba solamente de sacudir el revólver en las narices de esos «cow-boys», patosos, magnífico; pero a la que aparece un tirador de verdad, camarada, te rajas. Es aleccionador. Como para pagarte en el acto lo que me pides, te lo aseguro.

—Deja a «Relámpago» aparte.

—Es imposible. Sabías de sobra que sacaría las uñas en cuanto tocases a esa muchacha. Tú a pesar de todo, tozudo, dale ahí. «Relámpago» te perdonó la vida en una ocasión. Dudo que el hecho vuelva a repetirse.

Reedy hizo un gesto de impaciencia.

—Todo eso es hablar de más. Quiero mis diez mil dólares ahora mismo, por las buenas o por las malas. Mira lo que arriesgas, Wandy.

—Diez mil un cuerno — replicó Lassiter, deliberadamente.

Con un movimiento fácil, casi lento, el pistolero desenfundó sus dos revólveres.

—¿Lo prefieres así?

Lassiter no se inmutó.

—¿Qué liarás con ese dinero?

—De sobra lo sabes: llevarme a la chica a California y empezar en grande.

—¿Accede ella?

—Bueno... me va a dar un poco de trabajo.

—A lo mejor te lo ha dado ya.

—No demasiado. Apenas ha habido tiempo. Primero era necesario reunir la pasta y disponerlo todo para el viaje. El festival empezará después.

—Quizá mañana.

—Quizá.

Brown, con todos los músculos tensos, sorbía ávidamente las palabras que llegaban a sus oídos. No obstante, conservaba la suficiente serenidad para darse cuenta de que la conversación, de tal modo prolongada por Lassiter, carecía de sentido. Estaba pensando en esto cuando percibió a espaldas suyas el galope de un caballo.

Simultáneamente descubrió el motivo de la conducta del delegado: su mano derecha, subrepticiamente, estaba abriendo un cajón del escritorio. Reedy, con sus dos amenazadores revólveres, permanecía demasiado atento a su sonrisa y sus palabras para advertirlo.

Una sensación de desconcierto se apoderó del muchacho. De una parte, su odio ciego a Reedy le impulsaba a adelantarse a Lassiter si éste, como parecía, intentaba algo contra él; de otra, el indefinible

horror que le producía la cadena de muertes que arrastraba a su espalda, le hacía desear que fuese Lassiter quien borrase del mundo al pistolero. Por un instante vaciló sin saber qué partido tomar.

Luego, el caballo que se acercaba a todo galope le sacó de dudas. Estaba ya muy próximo. Brown se apartó de la ventana y, en la obscuridad, se volvió para verlo llegar.

Lo montaba una mujer, que en aquel momento lo contenía a unos metros de la puerta. Era Nancy. Brown la vio descabalgar, dejándose caer de la silla, y el ángulo de la fachada se la ocultó.

Rápidamente se reintegró a la ventana. La situación, dentro, estaba precipitándose hacia su desenlace, porque la atención de Reedy había sido parcialmente requerida por el ruido del galope, y Lassiter terminaba en aquel instante mismo de abrir el cajón del escritorio, extrayendo de él un «32» de cachas nacaradas.

—¡Wandy! —oyó llamar a la mujer.

Lassiter alzó el revólver precipitadamente. Sólo entonces lo descubrió Reedy, y, sin embargo, fue todavía a tiempo para que intentase escapar a la muerte. Dio un fantástico salto de costado, arrastrando una silla en el impulso. Lassiter disparó. Falló el tiro.

Nancy irrumpió a través de la puerta. Desmelenada, con las ropas en desorden y el rostro arrebolado por la reciente carrera, su imagen prestó a la escena todo el sentido trágico que le faltaba. Apenas vio lo que ocurría ni pudo entenderlo. Gritando algo ininteligible, se arrojó como una loca en dirección a Lassiter, quien, asombrado por su aparición, se levantó a medias. La intención de ella parecía ser protegerle mal fuese guiada por el puro instinto, pero sus efectos resultaron totalmente contrarios. Reedy aprovechó la oportunidad. Rodilla en tierra, crispó nerviosamente los dedos en torno a los revólveres que tenía empuñados. Una fracción de segundo después había empezado a disparar como si sus enemigos fueran, no dos, sino ciento.

Brown lo presenció todo con una sonrisa sarcástica. El doble chorro de plomo que brotaba de las armas del pistolero cazó de lleno a Lassiter y a Nancy cuando ésta se precipitaba a abrazar a su hombre. Ambos murieron revueltos en el angosto espacio que mediaba entre el escritorio y la pared, formando un pavoroso torbellino de brazos, manos, cabezas y salpicaduras de sangre, pataleando, convulsionándose, sacudidos por la salvaje lluvia de balas. Reedy no soltó los gatillos hasta que cayeron uno sobre otro y se quedaron quietos en tierra.

Después se levantó, devolvió los revólveres a la funda y se sacudió el polvo de los pantalones. Despacio, fue a registrar los cajones del escritorio, alzando cuidadosamente los pies para no pisar los cadáveres. No tardó en dar con una caja metálica, de la que extrajo

un montón de billetes. Los ojos se le encendieron.

Brown no esperó el final del grotesco drama. Retrocedió en busca de su caballo, montó y se refugió en las tinieblas, suponiendo que el pistolero saldría de un momento a otro. Mientras esperaba reflexionó sobre lo que acababa de ver. El arrebato homicida de Reedy era una confirmación anticipada de su triunfo: significaba que el lugarteniente de Lassiter quemaba sus naves y pretendía escapar de la catástrofe arrollándolo todo. El «marshall» Barton, recordó Brown, había dicho que Cheewaska era un bocado demasiado grande para él. En unas horas, sin embargo, Lassiter y su amante estaban muertos, su equipo de *gun-men* había sido exterminado en los pastos del «O Barra», y Nick Reedy, el «duro profesional, el gran tirador, emprendía una huida vertiginosa. La ciudad se había sacudido el yugo de la «Compañía Ganadera». Brown sonrió. Las cosas no eran difíciles cuando se tenía la ciega voluntad de realizarlas, y ningún bocado resultaba así demasiado grande para ningún hombre.

Ahora no había ya más que una cuenta por saldar.

Nick Reedy, en esto, abandonó el edificio. Brown oyó el piafar de su caballo, un resoplido, y luego le vio aparecer, espoleándolo, por la esquina de la fachada. Aguardó a que pasara por delante de él y a que tomase una prudencial ventaja, y le siguió.

Era el fin, Nick Reedy por sí mismo estaba conduciéndole a su meta. El muchacho se sorprendió de hallarse tan en forma, sin una sombra de dolor en las heridas, con la cabeza clara y los nervios muy firmes. Cabalgó tieso en la silla, hierático, semejante a un antiguo cacique indio con solemne altivez. Las acusados ángulos de sus facciones parecían tallados en bronce a la difusa luz de las estrellas.

Reedy se dirigió hacia las primeras casas de la calle principal, las rebasó paralelamente a la vía férrea, alcanzó los corrales y torció hacia un grupo de edificios. Allí hizo alto y desmontó. Brown, un poco más retrasado, le imitó, sintiendo los recios latidos del corazón dentro del pecho. Por un momento le deslumbró la imagen presentida de Cora Strang y, más que nada, más que matar a Reedy, más que la libertad, más que la vida, deseó verla. Cora debía de encontrarse en uno de los edificios, inerme ante la mirada lasciva y las húmedas manos del pistolero.

Brown, al poner pie en tierra, casi sintió náuseas.

Reedy había desaparecido. En una ventana se encendió una luz. Jasper corrió sigilosamente a ella.

Cora Strang, atada y amordazada, yacía sobre un catre. Sus ligaduras y el estado de sus ropas daban fe de cómo se había resistido al secuestro. Muy pálida, muy frágil, la mirada que en aquel momento tenía fija en Reedy estaba todavía llena de valor, de desprecio y altivez. Brown casi bendijo, sintiendo que una pavorosa

marejada de cólera se adueñaba de él, la codicia y el miedo del pistolero, gracias a los cuales podía aún salvar a Cora de un destino peer que la muerte.

El edificio era, aparentemente, la residencia o una parte de la residencia del que fue equipo de Lassiter, y *la* habitación debió de utilizarla Reedy para sí. Brown, no obstante, ya no vio nada de esto. Su pasión era demasiado intensa. Su interés no conocía más que el doble foco del pistolero y la muchacha.

Reedy, plantado junto al catre, comenzó a hablar.

Su voz, como un espolonazo, lanzó al muchacho a la acción.

—¡Reedy! —gritó.

El pistolero apagó de un soplo el quinqué que tenía entre las manos. Brown conservó la serenidad suficiente para retirarse de la ventana.

—¡Reedy, si eres hombre, sal de ahí! ¡Ha llegado nuestra hora! ¡Te espero! ¡Soy «Relámpago» Brown, y he venido en tu busca!

De la habitación brotó un rumor ahogado. Luego, silencio.

Brown retrocedió a un punto desde el cual dominaba la puerta y una gran porción de la casa. Agazapado en la obscuridad, dejó transcurrir los segundos primero y los minutos después. Reedy no apareció.

La vana espera fue tan larga que, temiendo que el pistolero hubiera escapado de un modo u otro, el muchacho abandonó su posición. Al hacerlo observó que el alba asomaba ya por Oriente, y pensó vagamente en el alud de acontecimientos que se habían producido a lo largo de aquella memorable noche. Las yemas de sus dedos acariciaban la culata de los «Holborn» cuando volvió a aproximarse al edificio.

De pronto, sonó un tiro.

Brown percibió el ávido zumbido de la bala en su sien y una sensación como si le chamuscaran los cabellos. El tiro había partido de una de las ventanas superiores. Sólo la precipitación porque Reedy pudo esperar a que él se hallara más cerca, y el engañoso juego de las sombras nocturnas, hicieron que no diera en el blanco.

Desesperadamente, Jasper se lanzó hacia la casa en un loco zig-zag. Sonó el segundo tiro cuando hacía un quiebro, ya llegando a la puerta, y, a fin de cuentas también falló. Brown se encontró en el interior y envuelto en las tinieblas más absolutas.

Un fogonazo rasgó éstas, como si Reedy disparara desde lo alto de una escalera que conducía al piso. Los movimientos del pistolero no producían el más leve rumor, porque era de suponer que se había descalzado. Tranquilamente, Brown se sentó en el suelo, eludiendo el rectángulo ligeramente iluminado que proyectaba la puerta, y se sacó las botas.

Por el momento no hubo más disparos. Con extremada cautela, sabiendo que se enfrentaba a un tirador excelente y lleno de recursos, el muchacho empezó a buscar la escalera en la obscuridad. Tardó un poco en encontrarla. En tanto, persistía el silencio.

Brown subió un peldaño, conteniendo la respiración. Luego otro. Otro. Llevaba un revólver en cada mano.

Con su celeridad de reflejos característicos, Jasper saltó hacia adelante. Simultáneamente se produjeron el tiro y el fogonazo de Reedy, y la bala se incrustó en la madera con precisión asombrosa, calculada al centímetro, rozando todavía los pantalones de Brown.

Este disparó contra el fogonazo y a derecha e izquierda de él, con ambos «Holborn» y apretando el gatillo convulsivamente. En medio del estrépito de las detonaciones consiguió oír un sordo pataleo y un resuello que casi parecía un gemido. Reedy había sido alcanzado.

El muchacho corrió escaleras arriba como un demente, y se tendió en el suelo cuando terminaron los peldaños. Nada ocurrió.

Brown sintió ganas de reír. Avanzó a gatas, saboreando el triunfo por anticipado. Reedy estaba herido. Había llegado el final.

Una silla recibió un golpe.

Tan silencioso como un felino, Jasper se guió por aquellos rumores y encontró abierta una puerta. Vio al fondo un trozo de cielo estrellado. Enderezando la cabeza descubrió un balcón, en el instante mismo en que una sombra se retiraba de su marco. Reedy había cruzado el cuarto para salir de él.

Cuando le siguió, comprendió la razón de su conducta: el balcón se abría a una estrecha terraza en la fachada posterior del edificio y una escalera descendía del extremo de aquélla, cerca de la esquina. La corpulenta silueta del pistolero se encontraba a medio camino de allí.

—¡Reddy!

La voz de «Relámpago» Brown sonó como mi grito triunfal. Reedy se detuvo y se volvió. En lugar de matarle por la espalda, Brown le daba otra oportunidad. Era el momento cumbre de su vida, la prueba definitiva de las siniestras cualidades que le habían hecho famoso.

Cuatro revólveres ladraron en la terraza. Pareció que ladraban a la vez y no fue así: dos se anticiparon en una chispa de eternidad a los otros.

Durante unos segundos semejó no haber ocurrido nada, Reedy, a continuación, abrió los brazos en un grande y patético gesto, y su corpachón, perdido el equilibrio, reventó la baranda. Cayó de cabeza. Su macabro choque contra el suelo encontró un eco hondo y desgarrado en las entrañas de «Relámpago» Brown.

* * *

La «posse» que, cansada, silenciosa y abatida, descargada en la

matanza la tensión que la llevó al triunfo, regresaba de los pastos del «O Barra», encontró a un jinete que conducía, terciada en la silla y apoyada en su pecho, a una mujer. Eran Jasper Brown y Cora Strang. La gloriosa luz del día naciente se derramaba sobre sus rostros.

El «marshall», que cabalgaba en la cabeza de la tropa, preguntó:

—¿Y Reedy?

—Muerto.

—¿Y Lassiter?

—Muerto también.

Barton se estremeció. Aquel muchacho de ojos misteriosos le infundía miedo, porque el diablo velaba por él. No olvidaba haberle dicho que Cheewaska sería su tumba. Muchas tumbas tendrían que cavarse ahora, ciertamente, y, sin embargo, la suya seguiría abierta, esperando aún.

Tex Steele se aproximó y extendió la mano.

—Enhorabuena, Brown. Me alegra volver a verla, Cora. —La muchacha le sonrió—. Hoy es un gran día para nuestra ciudad. Ha sido doloroso como un ántrax, pero el ántrax ha acabado por escupir el pus. Lo destruido se reconstruirá. Empezaremos una vida nueva

—Yo sí empiezo una vida nueva —dijo el muchacho a media voz.

Brown echó la cabeza atrás.

—Barton, Tex, vais a venir conmigo. Desde que salí de Negramosa he intentado huir de mí mismo, escapar al desierto, salvar una frontera invisible de la que nadie, salvo yo, tuvo noticia jamás, mordido por el afán de saber lo que había al otro lado del horizonte. Lo que hay al otro lado del horizonte lo sé ya —los dos hombres repararon, de pronto, en el gesto de posesión con que ceñía a Cora por la cintura—: es mi dicha. Un hombre puede huir de todo, excepto de su destino, —Brown rió secamente, y sus ojos se iluminaron—. Soy «Relámpago» Brown, sigo siéndolo, y me enorgullezco Barton, Tex —concluyó cordialmente—, acompañadme a Rainville. Esta mañana seréis testigos de mi boda.

—¡Tu boda! —exclamó Steele.

Y Barton prorrumpió en una ronca carcajada, mientras el muchacho se inclinaba para besar a Cora y ella le echaba los brazos al cuello y respondía a su beso con un fuego que encendía hasta la última fibra de su ser,

F I N

¡Un apasionante relato del Oeste!

¡Un argumento real y humano como pocos!

Emoción, intriga y dinamismo es lo que hallará en...

LA NOCHE TIENE MANOS

escrita por el celebrado autor

SILVER KANE

¡Se amparaban en la oscuridad de la noche para cometer los más espantosos desmanes y el único modo de combatirlos era luchando como ellos... oculto entre las sombras!

LA NOCHE TIENE MANOS

¡La novela que usted no olvidará fácilmente!

COLECCION ASES DEL OESTE

se la ofrecerá dentro de siete días

¡Haga reservar su ejemplar desde ahora!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
680 — Corín Tellado
EL PASADO DE TAB NORTH

COLEC. "MADREPERLA"
576 — María Adela Durango
EL DIARIO ACUSADOR

COLECCION "ROSAURA"
520 — Mary Vidal
NECESITO UN AMOR

COLECCION "AMAPOLA"
407 — Valentina del Barco
EL TUTOR DE ADA

COLECCION "ALONDRA"
345 — César de Monterrey
ESPOSA PARA UN APURO

COLECCION "ORQUIDEA"
270 — María Morgan
SUCEDIO EN LA SIERRA

COLECCION "CORAL"
151 — Corín Tellado
DIARIO DE UNA MADRE

COLECCION "BISONTE"
621 — Tex Taylor
MAS ALLA DEL MISSOURI

Col. "SERVICIO SECRETO"
485 — Donald Curtis
LOS POSEIDOS

COLECCION "BUFALO"
318 — A. Rolcest
EL JOCKEY DE LA MEDIANOCHE

COLECCION "CALIFORNIA"
165 — Marcial Lafuente Estefanía
¡MALDITO ORO!

COLECCION "TEXAS"
186 — Marcial Lafuente Estefanía
DUNCAN CHENEY

COLECCION "COLORADO"
110 — Marcial Lafuente Estefanía
PASQUIN DELATOR

COLECCION "KANSAS"
76 — John F. Abbot
SEIS BALAS MARCADAS

Col. "HEROES DEL OESTE"
58 — Marcial Lafuente Estefanía
HA VUELTO JIMMY

COL. "ASES DEL OESTE"
28 — Mark Halloran
¡VOLAD, INSECTOS DE PLOMO!

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Provecio, 2 - Barcelona :-: Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

¡YA ESTA AQUI...

lo que todos los muchachos han esperado con impaciencia!

ALMANAQUE PARA 1960 DE PULGARCITO

¡La revista más colosal del año con 36 páginas de ameno, interesante, humorístico e instructivo contenido!

Almanaque para 1960 de PULGARCITO

¡Aparece esta semana y puede adquirirlo en todos los quioscos y puestos de periódicos!

Sólo cuesta 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

¡¡UNA NOTICIA SENSACIONAL...!!

Ya está a la venta el gran

ALMANAQUE PARA 1960 DE EL D. D. T.

¡La revista de humor juvenil más popular de todas!

¡Un colosal número EXTRAORDINARIO de 36 páginas amenas, instructivas, hilarantes cien por cien y magistralmente creadas para todos los muchachos!

ALMANAQUE PARA 1960 DE EL D. D. T.

¡Adquiéralo ahora mismo o encargue a su proveedor que se lo reserve, porque se está agotando rápidamente!

Sólo cuesta 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

¡YA ESTAN A LA VENTA...!

los ALMANAQUES para 1960, de las popularísimas revistas "EL CAPITAN TRUENO" y "EL JABATO"

¡Cada una contiene trepidantes aventuras de los personajes favoritos de todos los muchachos y muchas historietas más, policíacas, safaris y episodios históricos de gran valor cultural!

ALMANAQUES PARA 1960 de

EL CAPITAN TRUENO y EL JABATO

¡Apresúrese a adquirir sus ejemplares, antes de que se agoten!

Sólo cuesta 5 ptas., cada uno

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS

Jeanne Crain

N.º 1002

Nacida en California, el 25 de mayo de 1925, alcanzó la fama al protagonizar "Pinky", por la que fue propuesta para el Oscar. Años después, interpretó: "Duelo en la jungla", "Travesía peligrosa" y "Bellezas por casar".

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain